

AL MARGEN DE LA VIDA

Y DE LOS LIBROS

JORDÉ





Al margen de la vida y de los libros

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>540099</u>
N.º Copia <u>540101</u>

AL MARGEN DE LA VIDA
Y DE LOS LIBROS

POR

JORDÉ



LAS PALMAS
IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE J. MARTÍNEZ

1914

EN EL UMBRAL

Al fin, después de muchas dudas y vacilaciones, me decido á publicar este libro que no hace falta ni viene á llenar ningún «vacío».

La razón que me ha determinado á coleccionar los cuentos, crónicas é impresiones de lecturas y representaciones dramáticas que verá á continuación el que leyere, es bien sencilla. La mayor parte de los trabajos sueltos que forman el volumen que tienes delante lector, amigo ó enemigo, conocido ó desconocido, ya han visto la luz pública en periódicos; pocos han permanecido inéditos hasta la hora presente.

Entre el fárrago de artículos que en mi vida de periodista activo llevo publicados, he hecho una especie de selección, no muy escrupulosa por temor á quedarme sin material para el libro, y entrego á la benevolencia del público, no lo mejor—porque bueno no tengo nada—sino lo que me ha parecido menos malo de cuanto mi pluma ha trazado sobre la mesa de redacción después de escribir el relato del último suceso ó los inevitables comentarios á los

acontecimientos, más ó menos sensacionales, de la política nacional ó local.

Algunos de los trabajos que hoy agrupo son pobres flores tempraneras escritos en edad moza cuando comenzaba el aprendizaje literario de mis pecados. De suerte que son los frutos, no bien sazonados, de mis personales observaciones y rápidas lecturas. Por ello encontraránse juicios sobre obras y autores que hoy modificaría. Hace ya algún tiempo que la diaria labor periodística no me deja vagar libre para las tareas literarias de mis devociones, con lo cual nada pierden las letras patrias, por supuesto.

Sé perfectamente que mi enteca producción no descubre ninguna personalidad literaria. Y digo esto con franca sinceridad, sin alardes de falsa modestia. Sin embargo ¿á qué ocultarlo? me produce viva satisfacción ver reunidos en un tomo los trabajos desperdigados en la prensa periódica.

Todos los que solemos mirar á lo alto, olvidándonos á ratos de las impurezas que nos rodean en la realidad del vivir, soñamos tal vez más de la cuenta. ¡Es tan hermoso y confortador soñar!

La vida sin idealidad no se comprende. Yo, lo confieso, soy un soñador impenitente, un rebelde de los convencionalismos que todo lo malean en la sociedad moderna, un enamorado de la belleza y del arte,

en las dos únicas cosas grandes en que creo. Por eso dejo volar con frecuencia la fantasía por las regiones infinitas del ideal; y en las grandes crisis de mi espíritu, cuando siento odios nacidos de las perfidias humanas y el corazón sangra llorando desengaños y traiciones, digo con el personaje calderoniano: ¡Soñemos alma, soñemos!

*
*
*

¿Qué á qué vienen todos estos subjetivismos retóricos? Pues á justificar la publicación de estas insustanciales páginas.

En estos tiempos del tanto por ciento, dar á la stampa un libro en Las Palmas, donde no se «escribe porque no se lee», representa el empeño de una voluntad terca y porfiada, significa vivir lejos del mundo exterior, cuyo ambiente de utilitarismo nos aprisiona. Aquí pocos, contadísimos son los que publican libros, no sé si por desconfianza en las propias facultades ó por pereza mental ó por miedo á la indiferencia del público. De todo habrá un poco...

El ocurrírseme la idea—quiera Dios que no me arrepienta algún día—de publicar un libro, héme encontrado con el libro hecho, como quien dice. Casi mi único trabajo ha sido hacer recortes de periódicos, corregir erratas, ordenar los trabajos y entregarlos á la imprenta. Correcciones de estilo

no he hecho, porque no quiero que la afectación ocupe el puesto de la fresca espontaneidad. Prefiero cierto desaliño al atildamiento artificioso y pedante de la forma. Además yo no pretendo sentar plaza de estilista ni aspiro á que me llamen «castizo escritor». Procuro expresar las ideas y sensaciones con claridad trasmitiéndolas al que lee como yo las siento, y eso me basta.

Y aquí conchiye el prólogo, Paréceme que ya he dicho todo lo que tenía que decir y algo más que se me ha ocurrido al correr de la pluma.

Desde el umbral, pues, te invito lector á pasar adelante, y si aún no se te ha agotado la paciencia, dobla la hoja y... sigue leyendo.

HABLADURÍAS

I

Acaso cometa una indiscreción imperdonable con decir lo que ustedes, caros lectores, van á leer si gustan. A mí no me importa lo que otros digan; soy de los que dicen lo que siente. Entremos, pues, sin más preámbulo, en materia, que el tiempo diz que vuela y es necesario aprovecharlo.

A propósito de la entrada triunfal de nuestro insigne Galdós en París, me he hecho, por mi cuenta y razón, algunas ligeras reflexiones acerca de la literatura francesa en relación con las bellas letras españolas.

En estos días se ha dicho, á mi juicio sin fundamento, que la consagración de Pérez Galdós como artista eminente ha tenido efecto ahora en París. Yo creo que no, y perdónenme los que así no piensan. Don Benito, antes de ir á París, ya estaba consagrado por la fama y ungido por la gloria. No necesitaba el autor de los *Episodios Nacionales* y *Doña Perfecta*, que los franceses le dieran patente de genio: él ya la tenía muy limpia y muy legítima, ganada en buena lid, á su portentoso talento gracias.

No tenemos los españoles la culpa de

que los franceses desconozcan nuestra literatura, más ó menos decadente, pero siempre gloriosa, ni somos los hijos de España responsables de que los compatriotas de Victor Hugo, por egoismo ó por indiferencia, ignoren que en la tierra hidalga de Cervantes, Calderón, Lope y Tirso han existido y existen los dignos émulos de Balzac, de Zola y de Daudet, digan lo que quieran los necios que creen que *la gallina del vecino pone siempre mejor huevo*.

Toda la vida me ha parecido rutinaria y vulgar la creencia de que París, como se ha dicho y repetido mil veces, es el *cerebro del mundo*. Nuestro ilustre poeta Núñez de Arce, la ha combatido diciendo que no acierta á comprender esa marcada predilección y admiración ciega por la literatura francesa, habiendo otras literaturas que igualan y aún superan en mérito á la tan celebrada de Francia. Nadie le niega á la gran República su cultura ni sus grandes progresos en todas las manifestaciones del saber y de la actividad humana; pero es una ridícula exageración proclamar su soberanía intelectual como un hecho indiscutible, como una verdad que no admite discusión.

Francia gracias á eso de que es la nación más sabia del mundo, ejerce hoy una tiranía moral, quiero decir una gran influencia en España, en Italia y sobre todo en la

América latina, donde se la adora y venera, con ciega idolatría, imitando y remedando, con loca fruición, todo lo que procede de la patria de Chateaubriand, sea bueno ó malo, sano ó nocivo. ¡Así son tantos los escritores hispano-americanos extrañados! Los espíritus en América padecen una verdadera obsesión por el arte francés.

No se comprende como, no ya el vulgo, sino los intelectuales franceses desconocen casi en absoluto la literatura española contemporánea, digna de estudio por muchos conceptos; al revés de lo que ocurre en España, donde hasta los aficionados están al tanto del desarrollo que alcanzan en Francia las letras y las artes.

En nuestra nación se leen muchos libros franceses. Es rara la novela francesa de autor renombrado que no está traducida al castellano. Los editores españoles, sin duda por espíritu lucrativo, se apresuran á darnos á conocer lo más granado del ingenio francés, mientras los editores franceses no se ocupan, ni mucho ni poco, de la producción española. ¿A qué obedece esto? Pues en parte creo que obedezca á que los editores franceses tienen trabajo de sobra con lo que producen las letras nacionales, y en España los editores... no editan mucho que digamos.

Aquí de la famosa pregunta de *Figaro*:

¿no se lee porque no se escribe ó no se escribe porque no se lee? El dilema está resuelto: no se escribe porque no se paga.

Ahora se están traduciendo en París las novelas de Galdós, y, en cambio, yo no sé cuantos años hace que andan por todos los rincones de España, de mano en mano, las obras de Zola.

II

Con la venia y, burla burlando, sigo hoy con mi enunciado tema—cada loco con el suyo—exponiendo, con toda sinceridad, mis ideas sobre el consabido asunto «franco-hispano».

Del teatro más valía no hablar, pues en España cae frecuentemente una copiosa lluvia de dramas y comedias francesas de todos los géneros, tendencias y escuelas: una verdadera plaga que daña y perjudica bastante, desde cualquier punto de vista que se mire, al teatro nacional. Y el que dude de nuestro aserto que estudie, bajo distintos aspectos, la cuestión que, á nuestro parecer, entraña no escasa importancia y transcendencia.

Y vamos á puntualizar algo. No solo se representa en los teatros españoles las joyas dramáticas del teatro francés, sino que

hasta los engendros; hasta los adefesios, hasta los esperpentos que en Francia desaprueban y silban encuentran en el público español, no aprobación indulgente y benévola, sino aplausos entusiastas y hasta ovaciones calurosas.

¿Qué acusa todo esto? Por lo pronto un mal gusto deplorable, y en segundo lugar la preferencia que en España se nota por las *modas* literarias, artísticas, políticas y sociales de Francia. ¡Que se puede esperar de un público que le deleita y emociona la jerga híbrida é incalificable del llamado *género chico*!

Recientemente ha hecho notar el distinguido escritor D. Francisco Villergas, más conocido en la prensa madrileña por el pseudónimo de *Zeda*, que mientras los *abonados á la Comedia rechazan por atrevidos dramas como el de Dicenta*, («Juan José») *se atropellan á las puertas del teatro para asistir á las representaciones de ZAZA, LA PARISIENNE, LE RONZENO y MACOUSINE.*

¡Qué escándalo, condenar en nombre de la moral, moral estúpida, el hermoso drama *Juan José*, y aplaudir las eróticas frivolidades de la comedia *Zaza*!

Pero téngase en cuenta que el autor de *Juan José* es español y español de mucho talento, y el autor de *Zaza* es extranjero.

Y con lo dicho está todo explicado á satisfacción.

Siempre nuestra eterna característica: despreciar lo propio, por muy bueno que sea, y admirar lo ajeno, aunque sea más malo que de «encargo», como suele decirse.

Tiene razón el Sr. Villergas:... *nos sucede con la honestidad lo que con los cambios: el pudor español pierde gran parte de su valor en cuanto se cambia por el pudor francés.*

Parece mentira á lo que hemos llegado: á que haya pudor francés y pudor español; y por de contado también los ingleses, los alemanes, los rusos y los chinos tendrán su *pudor especial.*

Y no hablemos, porque da vergüenza, de las muchas pesetas que se llevan de la villa y corte las artistas extranjeras, verbigracia, la Rejane y la Mariani; y, en cambio, la eminente actriz española María Guerrero, inimitable intérprete de nuestro divino teatro clásico, para sacarle honra y provecho á su trabajo tiene que expatriarse y, acaso con harto dolor de su alma, recorrer medio mundo.

Debe observarse que no es de ahora, no es cosa nueva ni moderna la preferencia, ya antigua y vieja, de los españoles por todo lo que *huele* á francés. Es una especie de degradante servilismo...

No me cabe duda de que hay muchos españoles que no han leído *Don Quijote*, el sublime y regocijado libro de Cervantes; pero á buen seguro que son pocos los que no han pasado un rato agradable leyendo y releendo las obras de los dos Dumas, padre é hijo. En España es de «mal tono» desconocer las manifestaciones del genio francés; hombre de pró es el que está enterado de todo lo que pasa en el extranjero aunque ignore el estado de su casa. Que más, hasta las mujeres españolas hablan de las novelas francesas, y conocen al dedillo el último figurín de París, no solo el figurin de las caprichosas modas, sino el de artes y letras, que también las artes y las letras tienen sus figurines...

III

Pregúntesele á Menéndez Pelayo, á Valera, á Clarin, á la Pardo Bazan, por la literatura francesa, y se verá que bien la conocen, y se les oirá disertar con perfecto conocimiento, sobre su desarrollo, alcance y trascendencia. En cambio vamos á preguntarle á Zola, á Huysman, á Arman Silvestre, á Coppée, y á otros preclaros ingenios franceses por la literatura espa-

ñola, y veremos con sorpresa lo que nos contestan, y oiremos con asombro las noticias que nos dan. La llamada por respuesta...

A mi me ha llamado mucho la atención leer en Gomez Carrillo, que el poeta de los *Sonetos Paganos*, no sabía que Galdós ha escrito una novela como *Gloria*, Valera una obra de sutil psicología como *Pepita Jiménez*, Nuñez de Arce y Campoamor poemas como *La visión de Fry Martin* y *El Drama universal*, y Echegaray, y Tamayo dramas como *El Gran Galeoto* y *Un Drama Nuevo*.

Cuenta también Carrillo que Coppée, el ilustre vate, *no ha leído nunca un solo verso de Campoamor y Nuñez de Arce*. ¡Y cuidado que el autor de *Intimidades* podía aprender mucho leyendo á los maestros de la poesía española: D. Ramón y D. Gaspar!

¿A quien no le sorprende que Zola, nada menos que el gran literato que se llama Zola, diga: — ¡España, sí, un hermoso país latino!... Yo conozco á la Sra. Pardo Bazan, que ha escrito un bello libro sobre Goncourt, sobre Daudet, sobre Flaubert, sobre todos mis amigos .. Y á Galdós..... sí, Galdós, que es un novelista de Madrid... También tengo un amigo en Barcelona que posee un gran talento: Oller.

Y nada más. ¡Pues á la verdad que el

autor egregio de *Germinal* no sabe poco de España! ¡Véase como habla de nuestra literatura el príncipe de los literatos franceses, el primer hombre de Francia!

Como se reirían en España de Galdós, de Pereda, de Valera, si estos maestros de la novela española dijese:—Zola, si, Zola un escritor de París; Huysmans, Mendés, France, Lemaitre... si, unos señores que escriben en Francia.

Enero, 1900.

LA NUEVA LEYENDA

Se puede afirmar, sin temor á equivocarse, que al pueblo español no le es posible vivir sin leyenda: es una necesidad de su carácter histórico y de su espíritu visionario.

Nuestra raza, aventurera y conquistadora por antonomasia, es la raza de la leyenda, esa cristalización de sueños y quimeras que tanto halaga y sugestiona á las fantasías meridionales.

En España, mientras unos cuantos espíritus superiores que viven y reflexionan y piensan en la realidad de la vida, se declaran acérrimos enemigos de todo género de leyendas, el pueblo, mas fantasía exaltada que cerebro vigoroso, más corazón que inteligencia, más soñador y romántico que práctico y positivista, siempre enamorado de utopias y espejismos que á través de brumas y obsesiones ve fascinándole, se echa á dormir y á soñar, y engendra en sus estúpidas pesadillas la leyenda optimista ó pesimista, según el estado psicológico ó las circunstancias prósperas ó adversas que sobre él pesan, embriagándolo de alegría ó aturdiéndolo de tristeza.

Y así se ven los pueblos neuróticos, degenerados, supersticiosos ó ignorantes que lentamente van consumiéndose en su ru-

tina y en su miseria; sonámbulos adoradores de la mentira, que en vez de llamar á la vida evocan á la muerte en su melancólica y siempre resignada desesperación. Pueblos que al faltarles las energías del hombre le sobran, para su mal, las estériles lamentaciones de la mujer.

*
* *

España se levanta en Europa como un espectro del pasado y como un fantasma de la historia; espectro cómico y fantasma grotesco que hacen reír al mundo.

Es necesario enterrar, por perjudicial y nociva, la España que nosotros hemos conocido, rancia y tradicional, apegada á las fábulas y asida fuertemente á las leyendas, para que surja á la vida otra España joven y culta, enemiga de instituciones caducas y de viejos errores, amante de la libertad, del progreso y de la civilización. Una España que trabaje y que sude y que luche, sin dejarse explotar por los tiranos, que no se parezca en nada, que no herede nada de esta España de nuestros tristes días, ignorante, desesperanzada, rutinaria, sin derechos ni libertad, canallesca, con sus costumbres disolutas, perezosa, pícara, holgazana hasta lo increíble y fanática hasta el extremo de sacar los santos en andas aclamados por una muchedumbre imbécil que pide

agua al cielo cuando surcan el fértil suelo de la Península ibérica caudalosos ríos que, canalizados, darían fecunda vida á la agricultura y días de adelanto y prosperidad á la nación.

El tremendo desastre mató la famosa leyenda áurea; enterrémosla que ya está dando frutos abominables, aprendiéndonos de memoria el irónico epitafio que sobre sus restos escribió Emilia Pardo Bazán, para ir á leerlo, como responso fatídico que estremece el alma, en lengua extraña en una Sociedad de Conferencias de París.

Enterremos, repito, la España de nuestros abuelos y hagamos la España de nuestros hijos. Inhumemos, que ya es cadáver y da mal olor, la España del pasado, y trabajemos, con voluntad firme, constante y decidida para formar la España del porvenir.

Atrás la España de los guerreros y de los conventos; paso á la España de los sabios y de los talleres.

*
* *

En medio de este loco Carnaval de la tristeza y el dolor que actualmente reina en España, la muerte de una leyenda ha dado por resultado la siniestra aparición de otra, acaso de más funestas consecuen-

cias que la primera, la leyenda secular, la leyenda dorada, hija de nuestra historia nacional.

La nueva leyenda se alza como un fantasma de muerte; leyenda sombría que enerva las energías y abate el espíritu, y llegará á extinguir el último destello de esperanza que aún luce, como un fuego fatuo, por intervalos y con luz pálida de cementerio.

Muerta la leyenda optimista de nuestro valor, abnegación, entereza, hidalguía, magnanimidad, generosidad, longanimidad etc., ha venido á sustituirle la leyenda pesimista de nuestra decadencia, degeneración, envilecimiento, degradación y alguna otra cosa por el estilo. Exagerando y falseando la tradición y la historia, formamos ayer la leyenda dorada; y hoy, falseando y exagerando nuestra ruina y nuestra decadencia, vamos formando la leyenda pesimista.

La leyenda áurea nos engañaba, es verdad innegable; pero nos fortalecía el alma, aunque de una manera falaz y embustera, con ilusiones y ensueños; pero, al fin y al cabo, nos infundía ánimo y valor en todas las empresas, y la fe nos guiaba, sin dejarnos retroceder ni desmayar. Y, en cambio, la leyenda pesimista, la nueva leyenda formada á la sombra de nuestra bandera, hecha jirones y de nuestra patria deshonorada,

rada y convertida en escombros, nos embrutece, nos mata la voluntad, postrándonos cada día más.

La leyenda fúnebre, dolorosa y desconsoladora del pesimismo nos desesperanza, nos desilusiona, nos vuelve escépticos de espíritu enfermo.

La leyenda actual nos lleva al suicidio, no solo moral, sino material. La nueva leyenda hace mucho estrago en la juventud; está matando en flor ideas y pensamientos.

Es un símbolo de muerte.

El alma nacional se agita desolada, como lúgubre ave agorera, sobre los escombros hacinados de la patria que se desploma, que se desquicia, que se desmorona, amenazando sepultarnos, encima de nuestras cabezas, hinchadas de lirismo, ora alegre y regocijado, ya triste y elegiaco.

Busquemos la fe y la esperanza que hemos perdido, si queremos encontrar la vida. La duda desalienta y mata; las creencias animan y fortifican aun en los momentos supremos de las grandes caídas.

No hay que dudar, es necesario creer. Si; creer que la patria no muere, que no puede morir; que la patria se salva y se redime, si todos queremos salvarnos, si todos queremos redimirnos.

Y hablo de la patria que yo quiero, de la España que yo amo; de la patria libre

del futuro y de la España grande del porvenir.

La rutinaria ciencia—llamémosla así—de los ignorantes nos ha desahuciado; pruébele el pueblo, ilustrándose y emancipándose del servilismo y de la esclavitud que le aprisionan, á esos curanderos necios, raquíuticos y maliciosos, pigmeos de una generación viciada, y á los pesimistas que no ven sino abismos de muerte, lo que puede hacer el trabajo constante, el esfuerzo persistente y la perseverancia tenaz en la santa obra de nuestra regeneración.

Podemos decir que, si todos queremos, la nueva España se levantará gallarda y soberana entre las naciones, saludando en el camino del progreso á la humanidad que, en perpetua evolución, avanza en pos de su eterno ideal...

Si deseamos tener historia verdadera, es preciso que matemos todas las leyendas habidas y por haber, y especialmente la nueva leyenda, la leyenda sombría de nuestro pesimismo.

Febrero, 1900.

RACAMONDE

Desde hace algún tiempo siento el cosquilleo, acaso importuno, de estudiar, no haciendo juicios concienzudos, sino á la ligera, traduciendo en notas críticas rápidas mis impresiones personales, las palpitaciones del pensamiento americano y las nuevas corrientes de la moderna literatura de América. Varias veces he tenido la pluma en la mano dispuesto á emprender la tarea, y siempre he desistido de mis propósitos. Comprendo que la empresa, hartó difícil de por sí, ofrecé mayor dificultad si tenemos en cuenta el confuso maremagnum que se nos presenta á poco que observamos las diversas y encontradas tendencias que se advierten en las letras contemporáneas de los diferentes pueblos de la América latina.

Luchan donodadamente, con fe constante y empuje brioso, algunos escritores americanos por crear un arte propio que lleve el sello especial y característico de su propia personalidad. Y esto es casi imposible que lo consigan por la sencillísima razón de que la inmensa mayoría de los literatos de América no dejan, por nada, de adorar ciegamente á su eterno ídolo: París. De la gran capital les va todo: los figurines de la última moda y los mode-

los, á veces estrambóticos, de la recién inventada escuela literaria. Los americanos no admiten otro patrón de arte que el francés. Y lo peor es que cuanto procede de Francia les parece á los hijos de América de clase superior, aunque en realidad sea malo de remate. Y los franceses, como es natural, no paran; continuamente están exportando, con destino al «mercado americano», en buenas ó malas condiciones, los verdes ó sazonados frutos que, con esmero ó con descuido, cultivan en su gran jardín de artes, ciencias y letras.

*
**

Con esta digresión ya me iba á olvidar de Racamonde, mi excelente poeta. Era este trovador hasta hace poco tiempo desconocido en América, hoy es muy apreciado en el Parnaso americano y popularísimo en Venezuela, su patria. El puesto que actualmente ocupa entre los demás poetas americanos es envidiable.

Tengo en mi poder una pequeña colección de sus poesías, recientemente publicadas por la biblioteca selecta de *El Cojo Ilustrado*, magnífica revista que ve la luz en Caracas. El libro se titula *Mis versos*, y trae un hermoso prólogo de Andrés A. Mata, el ilustre vate del *Idilio trágico*.

Racamonde es muy joven; aun no ha

llegado á los cinco lustros. Mata le saluda con entusiasmo diciéndole: *Poeta!—Los poetas de mi patria te saludan y piden para tu frente la hoja simbólica del árbol á cuya sombra se duerme el sueño de la gloria.*

Yo también quiero saludarle desde aquí con afectuoso regocijo de admirador.

La lira de Victor M. Racamonde *recorre todo el diapason del alma*, según la gráfica frase de Díaz Miron. Cuando canta á la patria, á la libertad, al progreso y á la democracia es austero, viril y enérgico; tiene, como Victor Hugo, acentos de gran inspiración para apostrofar á los tiranos, y se enciende en sagrada ira al ver que aun hay cadenas que oprimen y aprisionan á los siervos de la triste humanidad cautiva.

En cambio, cuando canta á la mujer y el amor es delicado, sensible, erótico. A veces sus versos exhalan un vago perfume voluptuoso que encanta, un aroma lascivo y sensual que excita, como si sintiéramos el roce tibio de un beso.

No rima obedeciendo á cánon alguno estético; es libre, apasionado y original, cuando llora y cuando maldice, cuando blasfema y cuando apostrofa.

Nunca rie. Sus estrofas casi siempre estallan en sollozos y lamentos quejumbrosos de un espíritu enfermo de nostalgia y

de melancolía. Es poeta del dolor, pero no del dolor trágico y desesperado de Leopardi, *el pobre cisne borracho de pena*, sino del dolor sollozante de nuestro Becquer, sentimiento hondo y angustia profunda que se exterioriza resignado, que se transparenta como implorando lástima y compasión, al mismo tiempo que un ténue vapor de tristeza, húmeda por las lágrimas, se desprende de sus versos haciendo que el alma del lector se identifique con el espíritu desolado y melancólico del poeta.

Racamonde lo dice:

.....

 Mi musa es la de Hamlet. Sus dolores
son mi propio dolor. Un cuadro mismo
en nuestros mismos sueños se levanta:
tempestad de alas rojas, negro abismo;
vago perfume de marchitas flores
y un alma enferma que solloza y canta.

.....

mientras las penas, águilas sombrías,
retornan en fatídica bandada
al cielo de mis viejas alegrías,
y el recuerdo el espíritu me hiere,
lo mismo que una pálida enlutada
surge la sombra de mi Ofelia... y muere!

Cantando á una pecadora exclama:

¡Acaba de creer! Ya no te queda
otro nuevo Jesús que te redima.
Nada hay, mujer, que detenerte pueda;
el alud, como todo lo que rueda,
tiende al obscuro fondo de la sima.

.....

No esperes el olvido en el mañana;
 deshójate en el fango, flor marchita;
 vierte el aroma de tu edad temprana,
 y ya que no supiste ser Susana,
 acaba de caer!... Sé Margarita!

Hay en *Mis versos* una composición intitulada *Resurrexit*, hermosísima. Siento no poder transcribirla íntegra. Empieza así:

Que radie el ara y que perfumes vierta,
 y extinto el gérmen de tu lumbre fátua
 á los halagos del amor despierta:
 no quiero conquistar un alma muerta,
 no quiero arrodillarme ante una estátua.

Si has de ser mía, si á tus piés de hinojos,
 he de arrojar mis férvidos empeños
 no revuelvas tus fúnebres despojos;
 yo quiero nuevo cráter en los ojos,
 y en la mente fulgor de nuevos sueños.

Mata el recuerdo que tu ayer provoca;
 olvida tus pasados embelesos
 y sólo, oh, reina, el porvenir invoca,
 que los ardientes besos de mi boca
 no vibran en los surcos de otros besos.

Racamonde siempre es poeta, y poeta inspirado, fluído, espontáneo. Tiene el don de crear imágenes. Sus versos tienen destellos de aurora y reflejos y languideces de crepúsculo, ora cuando dice:

no te puede olvidar quien bebió vida
 en las ardientes combas de tu seno.

ya cuando exclama:

En tu labio, que abrasa lo que toca,
 el himno de la carne dejé impreso,

y aun siento como rugen en mi boca
todas las tempestades de tu beso.

O en su canto á Ofelia:

.
en el árbol la tórtola se queja,
y el vagabundo céfiro semeja,
un arrullo que pasa.

Voy á concluir. Pero antes de colgar la pluma quiero copiar íntegro el siguiente hermosísimo madrigal de Racamonde, que seguramente han de leer con deleite mis lectores:

Si el aura ma.inal, de aromas llena,
bate las alas, suspirando amores,
en el haz de brillantes resplandores
de tu blonda melena;
si los efluvios del nocturno astro,
que puro y limpio y sol tario brilla
rodando por tu frente de alabastro,
van á esconder su luminoso rastro,
creyéndola un coral, en tu mejilla;
si todo cuanto vuela, ídolo mio,
desciende á tí y en tu semblante toca,
¿porqué mi b so, pájaro so nbrío
que se entumece y morirá de frío,
no calienta sus plumas en tu boca?

Ahora, díganme ustedes si han leído nada más tierno y delicado.

Mayo 1900.

VIDA Y MUERTE

Estaban convencidos de que morirían pronto, y ya solo anhelaban morir juntos, el mismo día, á la misma hora... Extraña y melancólica simpatía inspiraban los dos jóvenes enfermos.

Eran novios, y á ambos la tisis los iba consumiendo á los quince años, cuando se empieza á creer, á sentir, á amar, y son mariposas doradas los sueños y son las aspiraciones deseos ideales.

Se habían criado juntos y amado desde la cuna. Crecieron como dos rosas de un mismo rosal y de un mismo tallo, arrullándose como dos palomas, cantándose como pájaros, acariciándose como tórtolas.

Para ellos las canciones alegres de la infancia se habían trocado en la adolescencia en fiébiles endechas. Sus corazones desilusionados entonaban la desolada elegía de lo desconocido, de la muerte, de la nada.

Adela desde que se sintió enferma le tomó un instintivo horror á la luz del día; estaba enamorada de la noche; la obscuridad la deleitaba, las sombras la atraían. Ella explicaba su extravagancia diciendo: —La bruma de mi espíritu no la puede disipar el sol, por eso el sol me molesta, me entristece, me hace llorar; en cambio las

sombras me encantan, me enamoran; ¡mi alma está envuelta en ellas!

Adela siempre estaba sumergida en lucubraciones filosóficas, Matías, no; á veces le asaltaban ideas tristes que él procuraba desechar divirtiéndose y ahogando en vino sus penas. Matías lo decía:—Ya que lloro por *dentro* quiero reír por *fuera*.

La naturaleza era cruel, implacable con Adela y con Matías. Estábamos en plena primavera, y mientras la tierra lucía todos sus soberanos encantos estallando en el mundo el grandioso himno de la vida, ellos se aniquilaban sintiéndose desfallecer, morir. Una poderosa fuerza destructora les iba arrancando brutalmente las ilusiones y las esperanzas del alma, como la naturaleza arranca en otoño las hojas de los árboles.

En la tierra todo era verdura, lozanía, vida. Los árboles con sus ramas verdes y las flores con sus perfumes. Era un derroche de nueva savia. Sólo para Adela y Matías sonaba incesantemente la fatídica palabra, ¡muerte, muerte! ¡Sus cuerpos irían á fertilizar la tierra para que germinaran nuevas plantas y nuevos frutos!

Doloroso y desconsolador contraste: la naturaleza en primavera y dos vidas apagándose, extinguiéndose, rodando apresuradamente hacia el eterno ocaso. Dios dándole vida á los vegetales y quitándole

el soplo vital á dos seres humanos. ¡Oh, misterios; oh, secretos insondables!...

*
* *

Sentidas lágrimas humedecían mis ojos cuando contemplaba á Adela y á Matías juntos, mirándose fijamente el uno al otro, antes de empezar á hablar. Ella tenía los ojos hundidos, la mirada vaga, perdida en el espacio, las pupilas mortecinas, las manos flacas y amarillentas, el rostro extenuado, macilento, la respiración fatigosa y el cuerpo delgado; caminaba poco y despacio, y cuando reía le quedaba marcada en los pálidos labios una sonrisa muerta de angustia suprema. Su voz era débil y sus palabras entrecortadas tal vez por internos sollozos; á ratos abría la boca aspirando con desaliento aire para sus casi deshechos pulmones... Su seno entonces se agitaba ligeramente.

A Matías le dominaba la manía de mirar el reloj á cada minuto, ¡acaso para ir contando los segundos que había de vivir! Siempre sofocado, tosiendo casi sin intermitencia, los ojos faltos de luz, la cara desencajada, haciendo muecas y gestos macabros, gozando lo indecible cuando le decía á su novia, con fúnebre ironía, que no viviría una hora más,

La gente del pueblo les llamaba con piedad doliente los enfermitos enamorados.

*
* *

Murió la espiritual niña en Mayo, el mismo día que los capullos de su maceta predilecta empezaban á entreabrirse mostrando el suave y delicado matiz de sus pétalos.

Adela muerta parecía que soñaba. Al inhumar su cuerpo virgen la luna, que se levantaba en el horizonte, besó su rostro calavérico argenteando su negra cabellera.

De Matías no se supo mas, después de la muerte de su novia. Se le habia oido decir que su cadáver no descansaría en la tierra expuesto á la profanación de los hombres.

En el pueblo se decía que voluntariamente buscó la tumba en el fondo del mar...

Mayo, 1900.

EL COPLERO FÚNEBRE

I

Vivía de los muertos.

Era versificador rutinario, de esos que llaman de oficio. Un coplero de cemento.

Para el señor Cosme—que así se llamaba nuestro héroe—métrica, rima, ritmo y otras bagatelas de la Poética, al decir de él, no significaban nada en el arte de hacer versos.

El señor Cosme no había estudiado, pero Dios, acaso de broma, quiso hacerlo poeta ni más ni menos que como hizo mujer á Eva, (abuela, que no madre del género humano); y además el buen coplero leía, eso sí, para *instruirse*, muchas, muchísimas poesías de distintos autores, y hasta declamaba frecuentemente, con entonación enfática, largas tiradas de versos de diferentes poetas. Su poeta favorito no se sabía quien era. Al señor Cosme le gustaban todos los vates como todas las mujeres.

La verdad obliga á decir que, á pesar de todo, el señor Cosme hacía versos con pasmosa facilidad. El lo decía con el sano humorismo que le caracterizaba:—Mi mujer á tener chiquillos, mis hijos á gritar y yo á componer versos, dudo que exista al-

guien que nos aventaje. Y tenía razón. Cada ser nace con su predestinación. Esta era la frase de la filosofía del señor Cosme.

En justicia y en conciencia hemos de conceder que al coplero de este cuento, lo mismo que á su honrada familia, le sobraba inteligencia y buen juicio; de lo que carecía era de dinero. Doña Frasca se lo estaba repitiendo á cada momento todo el santo día:—Cosme, no seas burro, déjate de boberías y trabaja que con versos no comemos nosotros ni come nadie, y ya tú ves que tus dichosos versitos no nos dan para nada, ni siquiera para zapatos... y mírate los tuyos para que luego mires los míos y despues los de nuestros hijos.

Quiero advertir, antes de seguir adelante, que el señor Cosme era zapatero, pero desde hacía algún tiempo había dejado el tirapié por las musas, y que sus primeros versos los escribió con la lezna... También se me olvidaba decir que una vez echando—según contaba su mujer—medias suelas á unas botas, se sintió repentinamente poeta y abandonó las hormas y se entregó *innamorato* en brazos de su musa.

Al señor Cosme se le oía muchas veces exclamar entusiasmado:—¡Oh! las musas, son muy buenas mujeres; á mí me quieren mucho, y eso que soy viejo, que si fuese joven...

Doña Frasca no podía con su genio y rabiaba y pateaba con las cosas del zapatero-poeta.

II

En el mes de octubre era cuando más versos hacía el señor Cosme. A los epitafios los llamaba él *siemprevivas de la molera*.

A medida que iba aproximándose el día de los muertos se sentía el marido de doña Frasca alegre y regocijado... y se dedicaba á beber vino para inspirarse. Todos los días de Dios visitaba el señor Cosme el cementerio y le pedía inspiración á las tumbas y siempre salía del camposanto inspiradísimo, capaz de dedicarle una elegía al sol, á la luna ó á su mujer.

Desde que regresaba á su casa el señor Cosme se ponía á examinar una calavera que se había conseguido, filosofando entre dientes antes de ponerse á escribir aquellos famosos epitafios que la gente le compraba para colocarlos en las sepulturas.

Ya el cóplero con el transcurso de los años se iba agotando á la par que notaba que la inspiración no le socorría como en otros tiempos más venturosos. Esto entristecía mucho al señor Cosme, y determinó emigrar en busca de nuevos horizontes, porque los de su pueblo eran demasiado

estrechos para el nieto de Apolo, pues parece que hijo no era.

III

El señor Cosme creía á pies juntillas que era una gran verdad aquello de que *nadie es profeta en su tierra*. Y casi por eso, se marchó al Nuevo Mundo el bienaventurado zapatero, á ver si en América le iba mejor que en su tierra nativa.

A fuer de cronista fiel diré que pasaron muchos años sin saberse nada del señor Cosme; algunos creían que había muerto, pero no, los agüeros de los pesimistas no se cumplieron, pues luego se supo que vivía, para honra de propios y extraños.

Mas, ¡oh, fatalidad! el señor Cosme se encontró en América con la «pared de enfrente» como suele decirse, nadie le compraba sus composiciones poéticas, por más que colocó, á guisa de reclamo, en lo alto de la puerta de su vivienda un cartel en el cual se leía lo siguiente: *

Cosme Lunero, conocido por el coplero fúnebre, hace versos para los muertos á precios convencionales.

Por último, en vista de que el oficio de

versificador no *corría*, el señor Cosme agobiado por la pena y abatido por el dolor, tuvo que cambiar aquel cartel por este rótulo:

Cosme Lunero, maestro de calzado.

¡Qué contraste! La necesidad da bromas muy pesadas.

Junio, 1900.

CRUZADA CONTRA
“CLARÍN”

Algunos escritores jóvenes, reunidos en literario pelotón, han acordado por unanimidad excomulgar á los viejos literatos ya consagrados como autoridades respetabilísimas en materia de crítica, y andan metidos en la ingrata tarea de buscar un crítico joven y desconocido que tenga facultades y conocimientos para ejercer sus funciones. Y hasta la fecha, por lo menos que yo sepa, no ha aparecido el nuevo y deseado escritor que ha de ocuparse, con preferencia á todo, en analizar y juzgar, con profundo sentido crítico, la producción moderna.

Como he indicado al principio, los literatos de referencia, han desahuciado á todos los maestros de la crítica contemporánea en España, á Menéndez y Pelayo, á *Clarín*, á Valera, á la Pardo Bazán. Sobre todo á Leopoldo Alas, el inimitable cuentista y crítico. A *Clarín* no lo pueden ver ni «pintado», tal vez porque el ilustre satírico dice muchas perrerías, entre bromas y veras, de ciertos modernistas.

El autor de *Pipá*, que es sin duda el escritor que más enemigos tiene en España, es también uno de los literatos de más valía que tenemos, uno de los pocos que honra de verdad las letras españolas.

Porque *Clarín* no solo es escritor rego-

cijado, castizo y correcto sino erudito notable y hombre de vastísima cultura que trata todos los asuntos y todos los problemas, tanto filosóficos como literarios, como políticos con admirable acierto y perspicaz talento.

Clarín en sus novelas y en sus cuentos irreprochables que le han acreditado como el primer cuentista español, es el observador, el poeta y el psicólogo que estudia los caracteres humanos bajo diversos aspectos y desde distintos puntos de vista; y si le consideramos como crítico veamos sus estudios serios donde penetra hasta la misma entraña de la obra que analiza para clasificarla concienzudamente.

Ahora bien, cuando Alas hace crítica ligera, al pormenor, *policiaca*, *higiénica*, como él chistosamente la denomina, entonces es punzante, caústico, mordaz, bilioso, á veces parcial y apasionado hasta lo injusto.

Pero todo se le puede disculpar en gracia á su gran inteligencia y á lo mucho y bueno que ha escrito y que aun puede escribir.

*
**

Comprendo, y hasta me gusta, que los escritores á quienes *Clarín* vapolea con sátira despiadada, se defiendan y arreme-

tan, en cierta forma, contra el temido crítico. Tal conducta es, en mi leal saber y entender, plausible, porque creo que quien así obra revela virilidad, energía y amor propio, *cosas* que desgraciadamente no tienen todos los hombres.

Pero no puedo transigir con que, por pasión ó malquerencia personal, se trate de escatimar méritos evidentes, indiscutibles, en justicia reconocidos por todo el mundo, porque semejante, manera de proceder es, á más de ridícula, innoble.

Dicen muchos periodistas peninsulares que *Clarín* es *esto y lo otro*, y como á mí los chismes no me interesan ni me importan las murmuraciones, digo á todo:—Bueno, está bien, allá se las arreglen, ellos se entenderán. Mas, cuando leo en algunos periódico, que el ilustre profesor de la Universidad de Oviedo, es un pseudo crítico, un soberbio, un vanidoso que no vale nada, á la verdad, no puedo con mi genio, como suele decirse, y murmuro: *perdónalos, Dios mio, que no saben lo que dicen.*

Actualmente la nueva generación literaria ha emprendido una cómica cruzada contra *Clarín*. Todos los literatos modernistas, con raras excepciones, le enseñan los puños gritándole:—Usted no es literato ni es nada; usted es un envidioso que se pasa la vida ladrando á la gente joven que vale y lucha por conquistar la gloria.

Y Leopoldo Alas, como es natural, continúa riéndose á carcajadas, con burla sangrienta, de todos los que quieren pasar por grandes escritores cuando, en realidad, son respetables medianías ó insignes calamidades. Porque *Clarín* lo que hace es impedir, con la autoridad que le dan su fama y su saber, que se formen reputaciones falsas y, al mismo tiempo, tarea benemérita por cierto, se dedica á destruir las que ya hay formadas.

Es más todavía, creo que *Clarín*, que es una potencia intelectual, presta grandes servicios sanitarios á la literatura patria despidiendo á los lazaretos sucios y poniendo en *cuarentena* á los *infestados* de imbecilidad, procedentes de las regiones de la ineptitud y de la estupidez; porque el implacable crítico se ha propuesto no dejar pasar ningún contrabando...

Julio, 1900.

LOS ZARCILLOS

I

Es una historia sencilla que conmueve, es una página real que entenece.

No se cómo, cuándo ni dónde conocí á los personajes de este cuento. Sólo sé que les quise mucho, y que ellos, ¡tan buenos eran! correspondían afectuosamente al cariño leal y sincero que yo les profesaba. Benditos sean; el Señor los tenga en su santa gloria gozando tanto como lo que en esta tierra sufrieron.

Ya hace algunos años que dejaron esta vida de barro y zarzas, barro que mancha y zarzas que punzan, los nobles viejos, y, sin embargo, su memoria no se ha extinguido aun para mí; cuando sufro, los recuerdo, y en mis horas de hastío y aburrimiento los evoco santificándolos en lo íntimo de mi alma.

Recuerdo perfectamente, como si hubiera sido ayer, cuando la señá Antonia, con voz entrecortada por el llanto, me contó, en su lenguaje tosco, la historia de los zarcillos, hermosas prendas de oro viejo que ella guardaba como tesoro inestimable, porque era el regalo que su madre le hizo el día que amaneció casada con el bonachón del tío Guillermo.

II

Sucedía que el tío Guillermo estaba paralítico, postrado en cama y no tenía ni siquiera que comer. Porque en la casa de la tía Antonia pasaba lo que ocurre en todas las casas pobres: cuando no hay quien trabaje, falta el pan, y, de consiguiente, el hambre se enseñoera y empieza á reinar tirana y despóticamente. Y esto le acontecía al viejo matrimonio.

El tío Guillermo trabajó mientras pudo; porque, eso sí, á trabajar nadie le ganaba; tenía más alientos que un bruto. Pero, una vez que su maldita suerte lo derribó, ya era como un objeto inservible que no valía para maldita de Dios la cosa. Y el pobre anciano se resignaba exclamando con frecuencia:—Todo sea por Dios; más padeció Cristo por nosotros.

Y así iban viviendo los buenos viejos, gracias al compasivo corazón de algunos vecinos que les socorrían en su miseria.

Pero llegó el día, todo llega en este mundo, en que en la casa del tío Guillermo no había una perra chica. Entonces fué cuando la tía Antonía, hecha un mar de lágrimas y con el alma oprimida por el dolor, cogió los zarcillos y después de besarlos, con el mismo fervor que besaba la cruz del rosario cuando terminaba el *tercio*, salió á

la calle para vëndérselos á un platero sin conciencia que le dió por ellos la mitad de lo que en justicia valían.

En honor de la verdad digo que la tía Antonia el tiempo que vivió, después de la venta de su querido recuerdo, de sus benditos zarcillos como ella los llamaba, lo pasó llorando á lágrima viva.

¡Todavía me parece ver á la infeliz vieja con el rostro descarnado, la cabeza blanca y los ojos hundidos!

¡Pobrecilla, Dios la tenga en su santo seno disfrutando de los goces que en la tierra le faltaron!

Agosto 1900,

EL TRIUNFO
DE LA MUERTE

Acabo de leer *El triunfo de la muerte*, y su trágico desenlace ha dejado en mi espíritu una impresión extraña, triste, dolorosa. A mi juicio esta novela, original del pulcro y gallardo literato italiano Gabriel D'Annunzio, ofrece al crítico que se le antoje juzgarla un cúmulo de contradictorias ideas. Yo de mí, que no soy crítico ni cosa que se parezca, se decir que durante el curso, algo interrumpido por cierto, de su lectura, á ratos interesante y á ratos soporífera, tan pronto me parecía una producción genial como un engendro de la peor especie. Y aún creo que en la tal novela hay de todo... como en botica.

Ahora, antes de continuar, conviene advertir, entre paréntesis como quien dice, que no trato de hacer un estudio concienzudo, un exámen analítico de *El triunfo de la muerte*. Líbreme Dios de caer en semejante tentación. Solo me propongo dejar consignadas en letras de molde mis impresiones personales, rápidas y ligeras, sobre el libro de D'Annunzio.

Hecha ya la salvedad, entremos en materia.

Decía Taine, el gran crítico francés, hablando, si mal no recuerdo, del insigne novelador Carlos Dickens, que *la imaginación es la facultad cardinal de un novelis-*

ta; de ella depende el arte de componer, el buen gusto, el sentido de la verdad...etc.

Pues bien, creo que Gabriel D'Annunzio posee una imaginación prodigiosa; pero á mi entender le falta esa habilidad especial y característica que tienen los maestros de la novela, (Balzac, Flaubert, Zola, Galdós) para tramar la fábula novelesca de manera que despierte en el lector interés creciente. Además, también se echa de menos en D'Annunzio *el arte de componer* é ir enlazando ingeniosamente los lances y sucesos con sencillez y naturalidad sin afectación ni violencia, durante el desarrollo gradual del asunto que inspira la obra artística.

El triunfo de la muerte consta de dos volúmenes y en mi concepto sobra la mitad por lo menos, y aún me parece mucho, pues creo á conciencia que en el primer tomo se podría hacer muy bien, sin precipitarse mucho por añadidura, la exposición, el conflicto y el desenlace de la novela italiana que me ocupa.

Todo el que haya leído *El triunfo de la muerte*, habrá observado que alrededor de Hipólita Sanzio y Jorge Eurispa, se prolonga sin motivo que lo abone, se estira sin razón que lo justifique, una acción pobre, lánguida, incoherente, monótona, pesada, que aburre, que cansa, que fatiga, á pesar de que tiene páginas magistrales.

Descubro en D'Annunzio que quiere ser psicólogo, tiende á estudiar el alma humana, pero sin éxito. A veces ahonda, penetra, llega hasta el fondo; más casi siempre se queda divagando en la superficie. Gabriel D'Annunzio es, ante todo y sobre todo, un gran poeta subjetivo, apasionado, vehemente, de espíritu soñador y temperamento excesivamente sensible. Pinta, describe, narra admirablemente, con plasticidades de forma y exceso de ritmo y color. Al parecer observa mucho, pero no sabe sacarle partido á sus observaciones directas de la realidad. Tampoco sabe crear caracteres.

El protagonista de *El triunfo de la muerte*, es un joven de espíritu enfermo que siente prematuramente el tedio y el hastío de la vida. Jorge Eurispa es un soñador neto con pretensiones de filósofo; cuando cree que está filosofando lo que hace es abismarse en abstractas meditaciones, en complejas cavilosasidades, y dice muchas vulgaridades y no pocas sandeces.

A Jorge Eurispa le han hecho sufrir demasiado las fiebres pasionales que ha padecido al lado de su querida Hipólita Sanzio, de quien al principio se enamora locamente.

Hipólita es una hembra histérica, encarnación del deseo voluptuoso, *flor de la concupiscencia*, según frase de él mismo.

Eurísipa siempre ha sido de carácter taciturno, melancólico muy dado á reflexiones vagas, indefinidas. Cuando conoció á Hipólita se enamoró de ella con amor casi espiritual; pero luego, al poco tiempo de poseerla, le cansan sus caricias, le hastían sus besos; y entonces se complace, siente indecible placer al evocar los recuerdos del pasado, de los días alegres y venturosos en que, olvidándolo todo, sus penas y sus tristezas, se embriagaba de amor en brazos de aquella mujer insaciable que poco á poco va inspirándole repugnancia, va siéndole odiosa. Y empieza á sentir la negra obsesión del suicidio, quiere morir... Varias veces intenta suicidarse en la misma habitación, en el propio lecho en que se encontrara el cadáver ensangrentado de su tío Demetrio, con la sien taladrada. El fin trágico de éste le seduce, le atrae. La idea de la muerte fascina á aquel desdichado soñador que goza intensamente idealizándolo todo, los seres y las cosas, al antojo de su calenturienta fantasía.

Hipólita Sanzio es una adúltera que no llamaré vulgar porque posee el secreto de todos los refinamientos sensuales para enloquecer á Jorge. La única obra de Hipólita fué encender perversa en su amante una *especie de fiebre erótica* que tiránicamente le sujetaba á ella, dominándolo á su capricho, hasta el punto de que él no po-

día vivir con ella ni sin ella. Hipólita era la soberana Lujuria.

Por último sucede lo que por necesidad tenía que suceder; Jorge veía en su compañera la Enemiga fatal, que ejercía sobre él una especie de tiranía moral que era al mismo tiempo un suplicio horrible, insupportable, y decide definitivamente suicidarse; y piensa, y se pregunta: ¿debo morir solo? Su conciencia le responde que no, é inmediatamente empieza á idear el plan para llevarse al otro mundo á Hipólita, instrumento del placer carnal condenada á no sentir jamás el amor puro y santo de madre, porque estaba enferma de la matriz.

Y efectivamente, una noche, después de haber comido bien y bebido mejor como suele decirse, con los vapores del champaña en la cabeza, mientras Hipólita Sanzio le besa y le acaricia dominada por el deseo, Jorge le halaga invitándola á dar un paseo por el campo. Ella que al principio se resiste, al fin accede gustosa, y después de haber andado bastante, llegan al borde de un precipicio, él la coge fuertemente para lanzarse al abismo en su compañía, y la lucha comienza brutal, feroz, desesperada; Hipólita al principio ruega, implora, pero luego al convencerse de que todo era inútil en aquella situación, al ver tan próxima la siniestra visión de la muerte, ara-

ña, muere desesperadamente gritando, ¡asesino! ¡asesino! En tanto el perro que les acompañaba ladra *contra el grupo trágico*, y los dos cuerpos ruedan por la *escolera negruzca*, en torno de la cual el agua *tranquila se movía apenas con tenue embate*, meciéndose sobre sus *lentas ondulaciones los reflejos de las estrellas*.

Agosto, 1900.

NUESTRA SEÑORA

La diosa Actualidad: he ahí la despótica soberana del periodismo contemporáneo con todos sus vicios, con todas sus virtudes y con todas sus grandes ventajas. Ante ella nos rendimos los del *gremio plumífero* con el mayor respeto, con religiosa reverencia. Solo para ella es nuestro ferviente culto oficial; el público la santifica y nosotros la ponemos sobre nuestras cabezas.

Nuestra época se caracteriza por la vertiginosa rapidez con que vivimos pendientes constantemente de la actualidad de las cosas en eterna evolución. Las investigaciones de la ciencia, los problemas de la política, las operaciones del comercio, los adelantos de las artes, los cambios innovadores de las letras, los progresos de los oficios, son cosas que es necesario conocer al día, en toda su amplitud y con todos sus detalles... para vivir á la moderna.

El verdadero periodista á más de tener buen olfato para que todo lo huela y todo lo sepa, como Gedeón, es imprescindible que posea un lustroso barniz científico, literario y político, con objeto de que pueda hablar de todo y en todo meterse, por supuesto, sin entender de nada. Hoy se vive de las apariencias, casi siempre falsas é ilusorias. Porque ya ven ustedes que el

barniz no es más que lustre exterior; engaña con su brillo, pero no pida usted más que eso, lustre y brillo que nada vale aunque signifique algo... Tan bién puede barnizarse el pinsapo como la caoba, por ejemplo, y ambas maderas no obstante ser tan distintas, una vez barnizadas suelen confundirse. Así, los periodistas que solo saben... pintar la mona, también logran que se les confunda tomando por oro lo que es oropel.

El periodismo de estos tiempos que corren

viento en popa
á toda vela...

se alimenta y vive de la *última* noticia más ó menos importante y sensacional. El reporter y el cable hacen los principales gastos y son indiscutiblemente los dos elementos más importantes de la prensa periódica. Los periódicos más populares y favorecidos son los que se dedican á la información amplia y detallada de lo que ocurre en nuestra casa y en la ajena, en nuestro país y en el extranjero.

Hoy se confeccionan los diarios con extraordinaria prontitud; todo se hace al vapor como si dejéramos. Para escribir no hace falta pensar sino pluma, tinta y papel. Las inteligencias apenas dejan huellas en los grandes periódicos; pero en cambio se consume gran cantidad de ener-

gía, de actividad, de vigor físico, de fuerza intelectual.

Los periodistas más distinguidos por sus méritos, mueren sin dejar perdurable fruto de sus talentos; solo dejan un efímero rastro de sus trabajos. La cotidiana tarea de satisfacer la insaciable curiosidad del público, absorbe, roba el tiempo. La gloria del periodista es tan amarga como pasajera.

En cuanto á la la vida de las hojas diarias, ya se sabe, viven... lo que tarda el lector en enterarse de lo que dicen.

Está más que visto: nuestra Señora de la Actualidad, cuyos pies beso, nos esclaviza á su antojo, nos sacrifica á su capricho.

Siempre por todas partes la Actualidad. ¡La actualidad política! ¡la actualidad literaria! ¡la actualidad científica! El suceso del día, la noticia de última hora... La Actualidad imperante dominando en todas las esferas.

Septiembre, 1900.

LA MUSA POPULAR...

No comprendo, jamás he comprendido la vana razón en que se fundan los que sin empacho niegan rotundamente el sentimiento, el *instinto* poético del pueblo, soberana fantasía forjadora de todo género de romances, baladas y leyendas. Puede negársele al común de las gentes aptitudes para investigar con provechoso éxito en el vasto campo de las ciencias; pero, á mi juicio, no se le puede negar á lo que han dado en llamar la plebe ciertas facultades innatas para el cultivo de las artes.

El pueblo tiende, por necesidad imperiosa de su naturaleza psíquica, á rimar las palabras, á combinar los sonidos, los colores y los matices, á modelar el marmol, la madera, el bronce, el barro, y es poeta, músico, pintor, escultor que á todo le da forma y vida más ó menos enérgica y vigorosa, respondiendo á un principio de belleza rara, salvaje, acaso primitiva y aún cánón de arte desordenado, violento, estrambótico, rebelde á toda regla, casi incomprensible mirado desde el punto de vista de las preceptivas, pero arte al fin y al cabo, y arte liberal, ilimitado, libre de todo capricho de escuela y de toda preocupación de doctrina, arte digno, sino de imitación, de estudio y de alabanza.

Veamos al pueblo como poeta eminentemente subjetivo, con un subjetivismo característico y original. Echemos mano al incalculable número de coplas populares, en gran parte fruto de la inspiración del pueblo, si queremos apreciar las dotes especiales que posee la multitud para cultivar esas breves composiciones que llamamos cantares, composiciones que ella con admirable facilidad improvisa tan pronto en las rudas faenas del trabajo como en las regocijadas expansiones de sus fiestas. Cantar es para la muchedumbre un desahogo, y por eso la copla, que alivia sus dolores en los momentos extremos, es de su dominio, de su propiedad exclusiva.

Los cantares populares son algo así como el espejo fiel donde se retrata la imagen exacta, el carácter típico, el espíritu peculiar del pueblo, porque en ellos aletea, llora y ríe, canta y gime el alma inquieta y eternamente joven del lugar, de la aldea, de la villa, de la ciudad, de la región, de la Patria...

El corazón del pueblo es grande, inmenso; en él se albergan todas las pasiones lo mismo que todas las ternuras, todos los odios lo mismo que todos los amores. La masa anónima no tendrá cerebro pero tiene imaginación, no piensa pero siente y sueña.

Con frecuencia se advertirá en esas co-

plas vulgares que corren de boca en boca, falta de corrección pero nunca falta de frescura y de espontaneidad. Observad también que siempre son intensas, expresivas; unas burlescas, intencionadas, satíricas, epigramáticas, otras melancólicas, quejumbrosas, sentimentales: todas expresan mucho y la que no conmueve hace reír.

Los versos de la musa popular son espontáneos, fáciles ya cuando rujen una pasión violenta, ora cuando arrullan una caricia y solicitan un beso, ya cuando piden celos, ora cuando reflejan una pena honda y se deshacen en lágrimas ó bien cuando expresan una profunda alegría y estallan en risas francas de un humorismo desenfadado, ya cuando ruegan con dejos amargos y tristes, ora cuando imprecán y maldicen con entonaciones coléricas.

Es innegable que el pueblo, exprese bien ó mal sus ideas y sentimientos, es siempre poeta porque tiene sensibilidad y siente hondo, muy hondo aunque no piense mucho ni poco. Sin embargo de no pensar es á veces filósofo, filósofo rudo, tosco, rutinario, á su manera, pero filósofo al fin, filósofo de la experiencia. Prueba evidente de ello sus sentencias, sus proverbios, sus apotegmas, sus refranes.

Yo concibo fácilmente la musa popular por que sin ella el pueblo no podría vivir.

El pueblo necesita darle forma á sus afecciones, á sus cuitas, á sus recuerdos, á sus alegrías, á sus desengaños, á sus añoranzas, y por eso suspira triste ó alegre, según su estado de ánimo, con languidez de pena ó con vibraciones de alegría, en los cantares.

Octubre, 1900.

PICHITY

I

Curiosa é interesante es la historia de Pichity, granuja de todos conocido por su popularidad y de muchos temido por sus diabluras.

Pichity era un espíritu revolucionario á su manera: no respetaba nada ni á nadie. Burlábase de todo y en cualquier cosa veía el blanco de sus baladronadas. Para él no había más cera que la que ardía, y las autoridades eran solemnes mamarrachos, y la sociedad una madrastra cruel que én vez de ejercer de madre solicita agasajando con cariño á los desheredados, los abandona indiferente y ruin empujándolos á la miseria como basura y al crimen como réprobos.

Pichity comparaba á la sociedad con la tía Antonia, la mujer que le había criado dándole más palos que besos.

Así es que Miguelillo—Pichity era el mote por el qué lo llamaban sus camaradas—creció odiando á muerte á la tía Antonia, y tan pronto tuvo doce años emancipose de su tutela poco agradable. No quería vivir un día más con ella recibiendo golpes á la edad en que el alma desea caricias tiernas.

Y aquí tenemos á Pichity en el arroyo, sin casa ni hogar, bohemio de la desventura.

Miguelillo como no había conocido madre, á nadie le profesaba cariño ni respeto; ningún infortunio le inspiraba lástima ni conmovía su corazón. En presencia de cualquier desgracia le brotaba la risa antes que las lágrimas. El no podía compadecer al prójimo porque el prójimo nunca se compadeció de su suerte.

Para nuestro pillete el mundo era una casa grande, muy grande, inmensa, con techo para unos y sin techo para otros, es decir donde los menos encuentran calor y abrigo y los más, los que sufren y trabajan, desamparo y frío.

II

Pichity vivía en la calle y alguna vez dormía en la prevención donde era conducido en nombre de la *ley y el orden social* cuando cometía alguna fechoría, cosa muy frecuente en él. Nuestro héroe sentíase en ocasiones hasta filósofo y á ratos pensaba en arreglar el mundo y reformar la sociedad á su gusto.

Su enemigo más encarnizado lo tenía la sociedad en Pichity. ¡Cuántas veces pensó él tirar bombas como los anarquistas!

Miguelillo, que siempre estaba ideando perrerías, se ponía contentísimo cuando realizaba alguna sonada á sus anchas, impunemente, sin que pudieran impedirselo.

¡Que placer molestar á los *amos*! Hemos de advertir que Pichity denominaba amos á todos los que comían del fruto del trabajo de otros, del sudor de las bestias humanas. Por eso la emprendía tanto con los escaparates de los establecimientos como con las estatuas y bustos más ó menos artísticos que adornan los paseos y sitios públicos. Para él, solo había una cosa sagrada: el puesto donde vendía chucherías la señá Petra, la madre de la *Ñaña*, una muchacha linda y fresca, aunque los harapos le afeaban un poco.

Pichity era amigo de la *Ñaña* y le tenía cierto cariño, al cual correspondía la hija de señá Petra que le miraba con «buenos ojos» y hasta se permitía darle algunos consejos, inutilmente por supuesto.

Miguelillo ya le había propuesto á su amiga marcharse juntos á ver tierras desconocidas. Para lograr su propósito de embarcarse proyectaba esconderse á bordo de un vapor y cuando éste zarpara del puerto se presentarían al capitán con objeto de que les diera trabajo durante el viaje, porque no disponían de dinero.

Y luego cuándo pisaran tierra firme, á buscar fortuna los dos juntos, siempre

unidos, sin separarse, como dos pájaros sin nido que vuelan y vuelan hasta encontrarlo.

Pero la *Ñaña*, que no se sentía aventurera, vacilaba en acompañar á su amigo. Ella no quería abandonar á su madre porque había oído decir que la niña que se fugaba de su casa sería condenada á arder eternamente en las llamas del Infierno.

Mira Miguelillo—le decía la *Ñaña*—todo lo que tú quieras menos irnos *pa fuera*, donde no conocemos la gente y nos podemos morir de hambre.

Pichity le replicaba:—Pues yo no he oído decir eso que la hija que deja á su madre se condena; eso, créeme tu á mi que digo la verdad, son pamplinas y música de la charanga, *Ñaña*. Pa mi una madre es una mujer como otra cualquiera, como la tía Antonia, que pega y no da pan.

La *Ñaña* trataba de convencer á Pichity de que una madre no es una mujer cualquiera, como creía Miguelillo, sino un ser superior capaz de todas las abnegaciones y de todos los sacrificios.

Pero el bribonazo seguía en sus treces. ¡Una madre, una madre!.. No sabía lo que era. Lo que tiene una madre distinto á las demás mujeres—decía—lo llevará dentro, muy dentro, escondido, pa que yo no lo vea. ¡Ah!... será esto que patalea aquí (poniéndose la mano sobre el corazón)

Fíjate Miguelillo le objetaba su compañera—una madre es... como cuando el sol te calienta un día de mucho frío. Si, si, como el sol que caliente mucho, mucho, mucho.

Después de una pequeña pausa replicó Pichity:—Pues si el sol es también un sinvergüenza.

Mira tú, *Ñaña*, cuando más necesito de su calor se esconde detrás del humo de allá arriba y parece que me da de rabiarse.

Miguelillo creía que las nubes eran masas flotantes de humo que se deshilachaban en el espacio.

III

Pichity había desistido por ahora de *largarse pa fuera*. Si la *Ñaña* no se decidía á acompañarle, él solo no se atrevía á cruzar los mares. Porque ¿quien le remendaba la ropa en otros países lejos, lejos de la hija de señá Petra? Y cuando cometiera algún desmán, ¿quien iba á hurtar su cuerpo á la persecución de la policía?

Miguelillo le tenía horror á los encierros y á que le mandaran. Quería ser siempre libre, no depender de nadie, no tener amos. Por eso no trabajaba.

El *Chino*, el *Matalón* y el *Jorobita*, tres granujillas pertenecientes á la partida de

desharrapados que capitaneaba Pichity, aprobaban la conducta de éste: no trabajar pa no tener amos.

Aproximábase la noche-buena y Pichity pensaba en la necesidad de hacer algo gordo para divertirse. Ya lo había calculado todo, tanto la derrota como la victoria, la retirada como el avance, lo mismo que los generales que levantan croquis y planos antes de entrar en batalla.

Pichity pocas veces se equivocaba en sus cálculos. Era hábil y previsor. El implacable y simpático granujilla se había dicho ya entre dientes:

—Soy un infeliz. Los hombres me dan con la punta del zapato y hasta Dios, que según dicen es muy bueno para los pobres, parece que tiene gusto en hacerme sentir en invierno más frío que á los demás, que no son mejores que yo: alto allá, mejor que yo no hay nadie. Los señoritos tienen pan, calor y abrigo, no pasan hambre ni frío y á mí, en cambio, me falta lo que á ellos les sobra. Pero yo no me encojo de hombros ni me resigno con mi suerte.

Y tan pronto se enternecía Miguelillo como sus ojos relampagueaban de ira. Y agregaba:

—Yo me rebelo y robo lo que no tengo, para vivir. El que no posee nada debe declarar la guerra á los que tienen mucho. Hay que luchar por la existencia hasta

desharrapados que capitaneaba Pichity, aprobaban la conducta de éste: no trabajar pa no tener amos.

Aproximábase la noche-buena y Pichity pensaba en la necesidad de hacer algo gordo para divertirse. Ya lo había calculado todo, tanto la derrota como la victoria, la retirada como el avance, lo mismo que los generales que levantan croquis y planos antes de entrar en batalla.

Pichity pocas veces se equivocaba en sus cálculos. Era hábil y previsor. El implacable y simpático granujilla se había dicho ya entre dientes:

—Soy un infeliz. Los hombres me dan con la punta del zapato y hasta Dios, que según dicen es muy bueno para los pobres, parece que tiene gusto en hacerme sentir en invierno más frío que á los demás, que no son mejores que yo: alto allá, mejor que yo no hay nadie. Los señoritos tienen pan, calor y abrigo, no pasan hambre ni frío y á mí, en cambio, me falta lo que á ellos les sobra Pero yo no me encojo de hombros ni me resigno con mi suerte.

Y tan pronto se enternecía Miguelillo como sus ojos relampagueaban de ira. Y agregaba:

—Yo me rebelo y robo lo que no tengo, para vivir. El que no posee nada debe declarar la guerra á los que tienen mucho. Hay que luchar por la existencia hasta

morir de un tiro ó de un tabardillo. Cuando todos comen yo también quiero comer, no lo que sobra sino lo que hay en la mesa; cuando todos se divierten yo también tengo derecho á divertirme.

Si todos los infelices pensaran como pienso yo, otro gallo nos cantara. Ya verían los ricos egoístas como se bate el cobre. Al rico que buenamente no da pan al pobre, hay que secuestrarlo y si se niega á dar uno quitarle ciento.

Apenas Pichity terminó este monólogo *subversivo*, fué á buscar á sus compañeros de pillerías y cuando los encontró les expuso claramente sus planes de noche-buena, lo que el César de los pícaros había ideado.

En un momento quedó todo acordado. No había más que hablar. Pecho al agua y el que caía en manos de la policía se fastidiaba y el que podía escapar sano y salvo se divertiría.

Pichity iría á cantarle á la *Ñaña* sino fracasaba en su empresa.

IV

Llegó la noche-buena con el bullicio y la zambra popular en las calles y el reposo y la alegría íntima en el seno del hogar.

Pichity había imaginado la cena abun-

dante y opípara para él y los de su bando que le obedecían ciegamente, por respeto y por miedo. Pobre del que osara insubordinarse. Pichity tenía sus huestes disciplinadas, militarmente.

Todo estaba dispuesto. Ya solo faltaban la vitualla y los instrumentos. Miguelillo al frente de su partida marchó en busca de pasteles, ginebra, vino, panderos, guitarras, de todo, en fin, lo que se encontrara á su paso asolador.

Con lo primero que toparon los granujillas fué con una comparsa de *señoritos*. Pichity dió la voz de ¡prepararse, á ellos! é incontinenti los *niños ricos* quedaron despojados de cuanto llevaban, y... adelante.

Luego se metieron en la tienda de Doña Nicolasa y le hicieron un destrozo mayúsculo, llevándose más de una docena de botellas de diversos vinos y licores además de romperle otras tantas.

Todavía no se daba por satisfecho Pichity: había que robar á toda costa pasteles, que era lo que faltaba, para la cena soñada, y la cuadrilla de pícaros dirigió sus pasos á una acreditada repostería. Allí fué Troya; Pichity, el *Chino* y el *Matalón* tuvieron que luchar á brazo partido con un agente de la autoridad que trató de detenerlos, y el *Jorobita*, con algunos granujillas más que se habían agregado, peleaba con dos mozos del establecimiento.

soñolientos, ojerosos, desgredados, con hipo de borrachera, rumiando cantares. Habían bebido hasta caer al suelo sin fuerzas ni voluntad.

Pichity al verse cerca de los guardias corrió tambaleándose en dirección al mar que, rumoroso, planchaba la arena de la playa, vaciló un momento y lanzóse resueltamente al agua, á nadar, asido á la guitarra cuyas cuerdas gemían al choque de las olas...

VI

No se ha vuelto á saber nada de Pichity. Sus compañeros recuerdan su nombre con amargura y exclaman:—Si él se hubiera entregado; pero se la echó de valiente.

Y luego dicen todos á coro: ¡Y lo era, vaya si lo era!

La pobre *Ñaña*, que ló quería con toda el alma, evoca su memoria y recordando su figura de granujilla simpático, sus ojos expresivos y mirar arrogante, llora, llora inconsolable.

Diciembre, 1900.

VERDAGUER

Ante la tumba, recién cerrada, que guarda el cadáver del gran poeta catalán recuerdo las sentenciosas palabras que el viejo conde de Albrit dirige á Don Pío en la hermosa novela de Galdós, *El Abuelo*: «Morirás, si: El hombre extremadamente bueno debe morir».

Y mosen Jacinto era bueno; con bondad de corazón, magnánimo y generoso. Nunca supo odiar, ni aún á sus perseguidores. Tanto para el amigo como para el enemigo tuvo siempre en los labios la dulce sonrisa del perdón misericordioso. Cuando abría la boca era para bendecir hasta á los miserables sayones que se complacían en calumniarle. El alma de Verdagner, augusta y solitaria, siempre estuvo abierta á los grandes amores y á los sacros ideales... Su espíritu se elevaba á las puras regiones del amor y de la idea: jamás se manchó con las *impurezas de la realidad*, porque vivía bañándose en la luz y en la esencia de la poesía.

El ocaso de la existencia de tan justo é inspirado varón fué triste. En sus últimos años sufrió lo indecible. En torno de su cabeza luminosa sintió el graznido del fariseísmo y vióse amenazado por la tempestad de odios y pasiones que la perfidia hu-

mana desató contra él. Y mosen Jacinto,
sereno é imperturbable,

*...pasa, como Cristo, el Tiberiades,
de pié sobre las ondas encrespadas.*

*
* *

Vivió Verdaguer, la gloria más legítima de Cataluña, pobre y perseguido. Como Homero y como Milton solo su lira le acompañó en el infortunio y en la miseria.

Fué víctima de la fatalidad del destino, para él siempre adverso, y de la maldad de los hombres que nunca le dejó vivir en paz.

En la soledad angustiosa de su retiro sufrió el genial poeta horribles torturas morales. La envidia heriale á traición, la ingratitude martirizábale á mansalva. Y todo lo soportaba tranquilo, incommovible ahogando en silencio los sollozos de sus amargas penas.

Ni siquiera en los momentos más críticos, en los días más desolados de su vida, cuando la injuria le azotó el rostro, oyósele lanzar un lamento, proferir una queja. Silencioso y resignado como un mártir, perdonaba á sus verdugos apurando á grandes sorbos, con la conciencia en Dios, la hiel que le daban á beber...

Con la muerte de Verdaguer hemos per-

dido el último poeta épico en el cual parecía revivir la Musa antigua de inspiración serena, robusta y vigorosa. El egregio sacerdote lega á la posteridad su gran poema *La Atlantida*, que es un monumento de perenne belleza y arte maravilloso.

Ha muerto mosen Jacinto después de conquistar la inmortalidad. Santifiquemos su memoria, pues los fulgores de su genio iluminan á Cataluña y se reflejan, con la melancolia de una puesta de sol, sobre los horizontes de toda España en este triste declinar de la Patria...

Junio 1902

EL GÉNERO CHICO

Ahora que estamos en verano y que el público de Las Palmas aplaude las situaciones cómicas de *El Bateo*, á la par que se solaza y divierte de lo lindo celebrando con risas los chistes, nada cultos y si bastantes groseros y pornográficos, de *Enseñanza libre*, no me parece fuera de lugar ni de tiempo hacer, burla burlando, en serio y en broma, unas cuantas consideraciones acerca del tan manoseado «género chico».

No con disgusto, precisamente, pero si con extrañeza vengo observando que algunos escritores han iniciado una campaña, con honores de cruzada ridícula, sistemática, injusta, y, á mi juicio, sin fundamento, contra el teatro de Perrin, Palacios y compañía, teatro que á mucha gente entretiene y á nadie ofende... como no sea á los representantes de la moral encartonada y en píldoras y á los partidarios y defensores del arte al peso.

No comulgo yo con los que condenan el «género chico» en nombre de la Estética, del buen gusto y de la sana ética. No creo tampoco, como muchos, que el susodicho género deprime, por lo mismo que no veo que edifique. Ni una cosa ni la otra.

El «género chico» es el teatro cómico español de ilustre abolengo, reformado, como es natural, para satisfacer las exi-

gencias del gusto moderno, pero en su fondo y en su esencia y en su consustancialidad es castizo, típico, característico, genuinamente nacional; copia tipos, usos y costumbres populares y lleva á la escena, con sus gestos y sus desplantes, con sus alegrías y sus tristezas, con sus amores y sus odios, la fisonomía, el temperamento, el alma del pueblo que canta y llora, ama y mata.

Así es que no vacilo en asegurar que el «género chico» refleja las costumbres españolas de nuestro tiempo con más exactitud y con más verdad que los dramas espeluznantes, folletinescos y patibularios en que se castiga el vicio y la virtud de «guardarropía» sale siempre triunfante, y que las comedias ñoñas, cursis, de moral casera de tantos y tantos autores que han dado en llamar ilustres sin saberse por qué.

Entre un drama malo de Echegaray y una comedia de Cavestany, ó de Cano, ó de Blasco y un sainete de López Silva ó una zarzuela cómica de Ricardo de la Vega con música de Chueca, la elección no es dudosa para mí: me quedo con los últimos.

En arte no hay nada grande ni chico; no existe más que lo bueno y lo malo. Las clasificaciones resultan muchas veces ridículas cuando no estúpidas.

Ya estamos hartos de ese teatro, falso y convencional, en que siempre juegan pa-

pel de protagonista el galán enamorado, la mujer adúltera, la hembra histérica ó el marido celoso.

Por otra parte, no seré yo quien se atreva á negar que la mitad de las obras pertenecientes al género chico son desabridas, sosas, soporíferas cuando no indecentes, sin gracia, donosura ni ingenio.

Mas esto se explica fácilmente. Como la demanda es grande y el consumo enorme, la producción tiene á la fuerza que ser excesiva y ¡claro! hay muchísimas obras más malas que de encargo, como suele decirse. Aquí del llamado *sacerdocio* de la crítica que no debe permitir que se introduzcan matutes y contrabandos... aunque éstos sean del género chico. Pero los críticos españoles desprecian á Lucio y Arniches.

Y sobre todo, ¿qué de extraño tiene que Paso y Alvarez (que siempre trabajan á *duo*) escriban zarzuelas tontas y disparatadas, cuando literatos que pasan por eminencias dan al teatro esperpentos que horrorizan?

Hay que convencerse de que con los sainetes y pasillos hoy en boga ha triunfado el realismo variado y pintoresco que se inspira en la entraña del pueblo y no tienen razón ninguna los que condenan en globo el género chico en nombre de la moral y del arte.

Julio 1902

HIGIENE INTELECTUAL

Actualmente ¡que el saneamiento é higienización de las ciudades preocupa algo, no mucho por cierto, á los encargados de velar—valga la frase hecha—por la salud y aseo del pueblo, me parece la mejor y más oportuna ocasión para hablar de la *higiene intelectual*, harto descuidada por los españoles de aquende y allende.

En todos los países adelantados y progresivos, la higiene intelectual se *practica*; en España, no.

Considero que antes que al desarrollo del cuerpo debe atenderse el desarrollo de la inteligencia que es lo único que hace al hombre superior á todos los seres, más ó menos mamíferos, de la creación.

De nada nos vale, como no sea para luchar á «brazo partido», tener el cuerpo fuerte, robusto y vigoroso si en cambio tenemos la cabeza débil y anémica. Lo noble y lo admirable es la tuerza del entendimiento, no la fuerza bruta de los brazos y de las piernas.

La luz de la inteligencia alumbra y guía á los individuos y á las naciones y labra su florecimiento y prosperidad.

Las ideas son inmortales y tienen más poder que los ejércitos. La gloria de Victor Hugo es más pura que la gloria de Napoleón. Las conquistas del inmenso

poeta *humano* han sido más duraderas que las conquistas del implacable guerrero. Las victorias que obtiene el derecho son más firmes y perduran más que las victorias que se alcanzan por la violencia.

Hay, pues, que hacer gimnasia intelectual antes que ejercicios corporales. El espíritu moderno así lo exige, el progreso de los tiempos así lo demanda con soberano imperio.

Convengo con el romántico Espronceda en que para *vivir en santa calma ó sobra la materia ó sobra el alma*; pero es necesario que el alma domine á la materia, ya que es imposible separar la una de la otra.

Recomiendan los fisiólogos la higiene del cuerpo y es constante preocupación de los moralistas de sacristía la higiene del ánima.

Y debe ser, á mi juicio, apostolado de los sabios, pensadores, filósofos y literatos predicar en voz alta y para todos, las ventajas y conveniencias de la higiene intelectual en lo que respecta al adelanto y cultura de los pueblos.

Los cerebros, como las habitaciones, deben estar, aunque no sea sino por cumplir con los más elementales principios higiénicos, bien ventilados para que se oreen.

La vida es movimiento, lucha, evolución, renovación. La inteligencia debe estar

abierta á todas las grandes y regeneradoras corrientes del pensamiento contemporáneo. Lo viejo se respeta, pero lo nuevo se sigue y se adora.

Es ley ineludible de la civilización que para progresar hay que pensar con las razas y con los hombres más adelantados de la época en que se vive.

El pueblo que mira hácia atrás,—en España tenemos el triste ejemplo,—se queda petrificado en las sombras del atraso y de la barbarie. Un hombre de la Edad Media se asfixiaría en el ambiente del siglo XX.

Las inteligencias es menester cultivarlas al día, desechando hábitos viejos é ideas rancias que crian moho en el cerebro y entorpece sus funciones.

Los españoles para alcanzar á los ingleses, alemanes y franceses tenemos que correr mucho y someternos, por largo tiempo, á un riguroso régimen de higiene intelectual, pues ya es hora de que nos vayamos acostumbrando á odiar lo gastado y rutinario, y sobre todo es preciso que aprendamos á *lavarnos* en la fuente cristalina del pensamiento moderno en sus diversos órdenes y múltiples manifestaciones, porque el rancio de las ideas, si bien no da mal olor, es obstáculo insuperable para la marcha de los pueblos.

Agosto, 1902.

LA OPINIÓN PÚBLICA

¿Existe ó ha existido alguna vez, de la serpiente del Paraiso acá, la *opinión pública*?

Si por opinión pública se entiende la hembra desgredada, sucia, grosera, alborotadora, procaz, insolente, escandalosa y de fácil conquista que se mete en todo sin entender de nada, sin criterio ni conciencia, que hoy aplaude lo que ayer censuró, y viceversa, siempre dispuesta á irse del brazo del primero que la solicite, la opinión pública existe y ha existido en todas las épocas y en todos los pueblos.

Pero si la opinión es, ó por lo menos debe ser, matrona augusta, severa é inflexible, fría y desapasionada, de juicio sereno y voluntad inquebrantable que piensa, raciocina é inspira sus actos, sus fallos y sus sentencias en la razón y en la justicia, creo que la opinión pública ni ha existido, ni existe, ni existirá mientras la humanidad aliente en lo hondo de sus entrañas monstruosos odios, rencores y pasiones que encienden el corazón y arma el brazo del hombre...

*
**

En España, y en Pekín acaso suceda lo mismo; los partidos, grupos y bandos políticos carecerán de ideas, de propósitos no-

bles y de miras elevadas; pero, en cambio, todos tienen *programa* (indefinido, ya se sabe), *bandera* (incolora, por supuesto) y... una opinión pública para su uso y abuso particular.

La prensa española, en general, y particularmente la canaria, abusa mucho y zarandea demasiado á la opinión pública.

Con harta frecuencia lee usted en un periódico conservador, por ejemplo: «La opinión pública está con nosotros, la opinión pública nos apoya, la opinión pública aplaude la actitud de nuestro jefe y el proceder de nuestro partido en la «cuestión del tabaco», pongo por caso.

Luego se encuentra uno con un diario liberal que, en la misma «cuestión del tabaco», piensa de distinta manera del *estimado colega conservador* y, sin embargo, dice: «La opinión pública nos alienta en la patriótica campaña que hemos emprendido en defensa de los sagrados intereses del país, la opinión pública está á nuestro lado en el transcendental asunto que se debate», y otras manoseadas frases por el estilo.

Entonces pregunto yo, acordándome, de *Fígaro*, ¿quién es la opinión pública y dónde se encuentra? Y como es natural nadie me contesta.

El individuo nunca se mueve ni trabaja por el bien de todos sino por su particular conveniencia. Así es el mundo. El amor

al prójimo es una mentira cuando no una farsa. Media humanidad... usa calcetines, y odia á la otra media.

La vida es lucha y es combate encarnizado donde el hombre ve en el hombre no el hermano sino el enemigo.

La opinión pública no puede existir porque es imposible encontrar cuatro hombres desapasionados y dos mujeres imparciales que adoren la verdad.

La opinión pública, en fin, no tiene existencia real, no existe ni ha existido, es una «frase hecha» resobada y gastadísima de tanto uso, de la cual, por ser pública, hemos abusado todos más de la cuenta...

Agosto 1902

NOTAS AL MARGEN

"LA CANCIÓN DE LA VIDA"

Cuando buscaba el libro sin encontrarle por ninguna parte, el amable poeta me lo ofrece y yo le agradezco su obsequio, para mí inestimable. Siempre he leído los versos de Vicente Medina con verdadera delectación. Ahora escribo bajo la agradable sensación que he experimentado leyendo su última obra.

La canción de la vida tiene, á manera de prólogo ó *pórtico*, como diría cualquier modernista al uso, unas notas autobiográficas que me han impresionado vivamente. En estos tiempos de refinadas hipocresías, petulancias ridículas y mentiras estudiadas en la gran farsa de la comedia humana donde los histriones triunfan, Vicente Medina no se avergüenza de la humildad de su origen. El cantor de los *aires murcianos* confiesa, con sencillez encantadora y sinceridad que le honra, que su padre fué mozo de labranza y que él, á los ocho y á los trece años, vendía libros y periódicos por las calles. Luego declara que fué muchas cosas. Cansado de embetunar botas en casa de un procurador, de ir al mercado á hacer la compra con la señora de éste y á la fuente, no en busca de zagala, sino por agua con su cántaro al hombro, empleóse en un comercio hasta que, hartó de aburrirse detrás de un mostrador, abando-

nó Madrid, regresó á su pueblo natal, dedicóse de nuevo á vender libros, se colocó después en una botica, más tarde sentó plaza de voluntario ingresando en el servicio militar y, por último, marchóse á Filipinas.

Durante el curso de esta odisea, el poeta jamás dejó de escribir é iba poco á poco orientándose y depurando sus gustos literarios. Escribía dramas, cantares y composiciones sueltas. Escribía para aliviar sus dolores, expresando en voz alta sus quejas más recónditas, sus desengaños más crueles, sus penas más hondas, sus querellas más sentidas, sus tristezas más íntimas, siempre melancólico, siempre entristecido.

Vicente Medina nació poeta y desde niño cantaba á la muchachita de sus amores por que sí, porque le salía de adentro, como canta el pájaro, apenas empieza á ensayar su vuelo, columpiándose en la rama del árbol donde ha nacido.

Cuando el autor de *La canción de la vida* regresó de Filipinas y vió de nuevo el sol de la patria, tuvo necesidad de ser vendedor ambulante de tejidos, acaso para continuar su triste historia de desheredado, hasta que, al fin, pudo emplearse en una oficina. Entonces escribió de todo, prosas y versos, cuentos y cantares, que publicaban los periódicos de Cartagena.

¡Qué vida inquieta y agitada la de Vi-

cente Medina, el poeta de las melancolías quejumbrosas! ¡Cuantos afanes y cuantas luchas! ¡Qué batallar constante y sin tregua, maltrecho y descorazonado por la indiferencia de los ahitos, luchando por el ideal con fé en el triunfo y esperanza en la gloria! Y menos mal que, á la postre, después de tanto luchar, aguador en Madrid y soldado en Filipinas, ha vencido y se ha impuesto.

El pobre niño que ayer vendía periódicos, es hoy poeta de alta y serena inspiración, poeta de los tristes, de los humildes, de los que sufren, de los desheredados de la suerte, de las víctimas de la sociedad, de los huérfanos del destino.

*
* *

No comparo á Vicente Medina con ninguno otro poeta, nacional ó extranjero, porque los paralelos y las comparaciones literarias nunca han sido de mi agrado, y además, y sobre todo, porque Vicente Medina no se parece á *nadie*: tiene fisonomía propia y personalidad original bien definida, característica é inconfundible. Medina es poeta espontáneo, de sensibilidad delicada y sentimiento exquisito. Canta el dolor porque su alma triste del dolor está enamorada y prisionera. Es incorrecto y desordenado porque su espíritu se

ahoga entre las estrechas mallas de los convencionalismos técnicos de la métrica y la rima, y su gran espontaneidad le obliga á ser libre en todo, en la concepción y en la expresión. Es de los que, por ningún caso, pulen la estrofa, limpiándola de incorrecciones y prosaismos. Su fresca espontaneidad no la sacrifica por nada. Y hace bien. Prefiere el desaliño al artificio y á la afectación.

Vicente Medina canta todo lo bello y todo lo grande: la Naturaleza y el amor, y siente como pocos la poesía honda y sutil de las cosas. Los que creían que su lira no tenía más que una cuerda, la cuerda *regional*, se han equivocado de medio á medio. En *La canción de la vida* Medina aparece, de cuerpo entero, como poeta amplio é inspirado. Es un lírico que llora sus penas y las de sus semejantes, convirtiendo en hermosos y sentidos versos las cuitas de su alma enlutada. Sus poesías tienen fulgores de ocaso, destellos de aurora y la serenidad de los campos.

Observo también que Vicente Medina huye, y en parte le alabo el gusto, del sonsonete de la rima, de la machacona monotonía del consonante. Sus versos llevan ritmo *interno*. Le creo cuando dice que desconoce *oficialmente* la retórica y la poética.

La canción de la vida es una obra ins-

pirada, bella y sentida; un libro de subjetivismos ingenuos, delicados, nostálgicos, sentimentales. Sus páginas están impregnadas de tristezas y rociadas con las lágrimas del poeta murciano.

Las composiciones tituladas *¡He corrido por los campos!*; *¡Cabecita loca!* *La malvaseda*, *Las acacias*, *Mi reina de la fiesta*, *En la senda*, *¡Benditas ondas!* *La canción de la vida*, *La canción del dolor* y *La canción de los trigos*, son fruto de la inspiración vigorosa de un gran poeta.

Qué hermosa es aquella estrofa de *La canción de los trigos*, cuando Vicente Medina, sintiendo las fatigas de los segadores, infelices siervos resignados y hambrientos, exclama con viril acento:

Las sangrientas amapolas manchan haces y rastros,
con matices que creyéranse simbólicos... siniestros!...
y los trigos que aún se yerguen,
se dijera que repiten su canción de vago acento
redentora,

• saturada de misterio...
«No nos venda al oro el hombre
«ni haya más oro que el nuestro...

Septiembre, 1902.

SALVADOR RUEDA

Hace tiempo vaticinóse que la forma poética estaba llamada á desaparecer. Tal profesía, arbitraria y caprichosa, promovió apasionadas discusiones y polémicas en las que lucieron su ingenio ilustres literatos y poetas.

Pasada la fiebre de la controversia, años más tarde, á pesar de hallarse la lírica española en lamentable decadencia, pues entre tantos rimadores no se veían surgir nuevos poetas, de estro brioso, ya nadie se atrevía á sostener semejante aseveración

Al decir de Mallarmé, los versos son siempre bellos, y también alguien, con autoridad en las letras, ha declarado ingeniosamente que los poetas saben hacer lo mismo que los demás hombres y, además, versos.

Obsérvase, actualmente, si no es engañoso optimismo mío, el despertar de la lírica en España, algo así como un renacimiento de la poesía, remozada y modernizada, al compás de los tiempos nuevos y de las corrientes y orientaciones de arte en boga. En cambio, la poesía épica no hay quien la desentierre, y apenas si á la dramática llevan su inspiración alguno que otro poeta como Rueda y Marquina.

Prescindiendo de los archimodernistas

que hacen del idioma una gerigonza, dislocando el léxico en versos extravagantes y chirles, sin fondo, forma, ritmo ni cosa que lo valga, empiezan á darse conocer jóvenes poetas, de inspiración y gusto, que prometen enriquecer la literatura española con bellos cantos.

No quiero citar nombres, porque mi propósito hoy es hablar exclusivamente de Salvador Rueda, cuyo hermoso libro *Lenguas de fuego*, acabo de gustar con el mayor deleite. ¡Cuántas sensaciones inefables he sentido á través de sus páginas! ¡Qué placer estético he experimentado con la lectura de esa obra que encierra una colección variada, primorosa, bella, exquisita, de composiciones poéticas, frutos lozanos de la inspiración del ilustre lírico, de quien soy devoto admirador!

Vino Rueda al mundo de las letras, donde hierven pasiones y fermentan envidias, cuando en España cantaban dos grandes poetas, Campoamor y Nuñez de Arce (de Zorrilla no hablo porque, á la sazón, era un sol que declinaba) y tuvo que sufrir la injusticia de estar algún tiempo olvidado y solitario, perfeccionando su arte.

Más al fin Rueda se ha impuesto; y así tenía que suceder porque para ello cuenta con méritos bien aquilatados é indiscu-

tibles quien, con elementos castizos, ha renovado la poesía castellana.

Tan espontáneo como Zorrilla, el dulce trovador de las leyendas nacionales, más fluído, flexible y fecundo que Nuñez de Arce, el poeta de las estrofas cinceladas, sin la filosofía y el humorismo insuperable de Campoamor; pero más elegante en la forma que el maestro inmortal de las doloras, Rueda es un gran lírico, con fisonomía propia é inconfundible, sin parecerse á nadie, original y vigoroso.

Es poeta moderno, culto, amplio y sonoro. Ha estudiado la evolución de la poesía, y conoce tan bien á los clásicos españoles como á los vates extranjeros que han hecho una verdadera revolución en la forma poética.

La musa de Rueda solo á él le inspira, porque es hecha de luz, color y armonía. Al poeta debe aparecérsese, en los momentos de fiebre creadora, como lampo fulgurante que ilumina su cerebro, extremece su alma y hace vibrar su sensibilidad.

Rueda no imita á nadie. En cambio á él le remedan muchos, que quieren pasar por innovadores, y una pléyade de jóvenes, que ensayan sus alas de poetas, entre ellos Tomás Morales, ya saludado como vate futuro de original inspiración, le proclaman maestro.

El lírico malagueño tiene hoy, sin disputa, el cetro de la poesía española.

Es un mago prodigioso del ritmo. Sus estrofas son ondas de luz y armonía. Su lira es, á veces, orquesta que entona bellas sinfonías á la naturaleza madre; en ocasiones, órgano que canta magestuosamente todas las cosas grandes, y, á ratos, guitarra morisca que preludia alegres cantares ó gime querellas del alma.

Sus versos son siempre de entonación adecuada al asunto: ora suaves, tiernos, con dejos sentimentales; ya rotundos, grandiosos, de rasgos viriles.

La versificación de Rueda es limpia, clara, diáfana, con transparencias luminosas. No tiene versos ásperos; todos son eufónicos, de armoniosa sonoridad. No hay en sus composiciones rigidez, afectación, artificio ni discordancias. Por el cauce de la métrica y entre las mallas de la rima sus versos corren sueltos, ágiles, alados. En sus poesías suele advertirse una copiosa lluvia de epítetos que no las afea, porque Rueda sabe emplearlos con admirable propiedad, para dar mayor relieve y colorido al paisaje que describe ó para hacer más vivo y cordial el sentimiento, sensación ó estado de alma que expresa.

En cuanto escribe vierte Rueda la efusiva ternura de su corazón. Sus himnos á la naturaleza y sus cantos al amor le elevan

sobre las impurezas y miserias de la realidad. Es un alto poeta que siente muy hondo y sabe expresar, en versos de ritmo maravilloso y colorido deslumbrador, sus ideas y sentimientos.

Maneja con igual gallardía todas las combinaciones métricas. La silva, cuyos versos, de variado número de sílabas, ondula, se estrecha y se alarga sin perder el ritmo, siempre con incomparable euritmia; el magestuoso alejandrino, el dodosílabo sonoro, el cadencioso endecasílabo, etc. etc. toda, toda la escala poética la recorre con suprema facilidad y dominio. Entre los diversos metros que emplea parece que tiene marcada predilección por la silva de seis á doce sílabas.

Su verbo de poeta, espontáneo y culto, ha dado una mayor amplitud y flexibilidad á la métrica, abriendo á la poesía nuevos horizontes.

Hállase en la actualidad Rueda en la plenitud de sus facultades, en la cúspide de su inspiración fácil y ardiente. Los versos le brotan á raudales, como á los pájaros los trinos. Su lenguaje es rico en giros, frases e imágenes luminosas. Es tal la abundancia de su vocabulario que cuando se desborda su inspiración las estrofas parecen catarata de notas y arpegios con todos los matices de la luz y los tonos todos de la armonía.

En algunas de sus composiciones flota el espíritu panteísta que le inspira sus cantos á la eterna evolución de la materia que «cambia de forma, pero nunca muere». En otras relampaguean las juveniles ilusiones en flor del poeta mezcladas con los acentos amargos de los primeros desengaños.

Los versos más sentidos se los arranca á su lira la santa memoria de la madre muerta, que en Rueda no es falso subjetivismo retórico, sino hondo y sincero sentimiento que emociona y conmueve.

Salvador Rueda es ruiseñor que canta la noche y alondra que saluda el amanecer y cisne triste que vierte en las estrofas la melancolía de sus penas.

Gran lírico por la fuerza del pensamiento, y, sobre todo, por la gallardía rítmica de la expresión, la musa de Salvador Rueda puede decirse que, como las águilas reales del poeta, se remonta, deja atrás las nubes y se corona con el sol.

Septiembre de 1908.

LA DICHA AJENA

(CUENTO SENTIMENTAL)

Enrique y Juan eran amigos íntimos. La amistad tenía para los dos el recuerdo dorado de la adolescencia y las remembranzas sabrosas de los primeros años de la juventud, cuando empieza á sentirse anhelos ideales y se mezclan los ensueños con picantes aventuras, de amor.

Eran dos temperamentos distintos, pero sus espíritus, aunque á veces volasen en distintas direcciones, á ras de tierra sin mancharse ó por regiones elevadas, para fortalecerse, se encontraban y se comprendían y siempre, después de discutir sobre temas filosóficos, morales ó literarios explayando cada uno sus teorías, separábanse más amigos que nunca.

Azares de la suerte quisieron que Enrique se casase, mientras Juan quedó encerrado en la fortaleza de su celibato, distrayéndose, de vez en cuando, con fáciles conquistas amorosas de esas que al pasar, con el artificio de falsa alegría, dejan en el fondo del espíritu un amargor de hastío y en ocasiones honda sensación de asco.

Enrique había formado su nido, redimiéndose de pasados devaneos, con una mujer inteligente, sencilla y buena que le comprendía. Enlazados de por vida, la existencia de ambos deslizábase serena

y placentera. Aficionados á la literatura y á la poesía en los ratos que á él le dejaban el batallar por el pan nuestro de cada día, los pasaban entregados al placer inefable de leer versos de poetas exquisitos y novelas de ilustres escritores que reflejan en sus páginas el espectáculo de la vida exterior ó el panorama de la vida interior.

Una noche Enrique le dijo á su amigo:—Te invito á comer. Aceptado—contestóle Juan—y juntos marcharon á casa del primero.

Durante la comida charlaron cordialmente de todo, espigando en diversos campos. Hubo frases de recuerdo para el tiempo pretérito; hablóse del presente, del porvenir, de poetas, de novelistas buenos y malos y para salpimentar la conversación, haciendo más amena la velada, hubo también un poco de murmuración ingénua, sin hiel maldiciente. ¿Quién no murmura de quién en este sainete de la sociedad? La murmuración, á veces, es una especie de grifo del espíritu que alivia la carga que se lleva dentro.

Mientras estuvo en compañía del matrimonio Juan sentíase contento, satisfecho, con alegría sana de vivir. Ninguna sombra entenebrece su corazón, ningún pensamiento triste asaltaba su mente. El contacto del amor y la dicha de Enrique

y su mujer le hizo olvidar sus inquietudes y las contrariedades sufridas al choque de la realidad con las nobles aspiraciones de su vida.

En aquel nido de ambiente perfumado por el amor de dos corazones, Juan sentíase feliz.

Era ya tarde y se despidió efusivamente de Enrique y su mujer, á quienes debía unas horas de cordial felicidad.

Ya en la calle, Juan echó á andar caviloso sin saber á donde dirigir sus pasos, si al café, al casino ó á casa de alguna pecadora. A su alrededor bullía la animación de la ciudad mal alumbrada, entre sombras y regueros de luz. A su lado pasaban caras conocidas y desconocidas, sin lograr sacarle de su ensimismamiento.

La noche era clara, apacible, serena, hermosamente romántica. Desde lo alto la luna derramaba sus fulgores plateados. Juan dejó el centro de la población y dirigióse al muelle. La noche convidaba á retirarse del comercio social, á respirar las emanaciones de la brisa marina, á sentir el beso de luz de la luna, á fijar los ojos en la inmensidad del mar sin acordarse del hormiguero humano, donde hierven malas pasiones, odios, codicias y rencores y las perversas intenciones andan sueltas en acecho de víctimas.

Oyendo la canción monótona de las

olas, contemplando el cabrilleo de la luz lunar sobre la superficie movable de las aguas, Juan reflexionaba.

A corta distancia distinguíase el caserío de la ciudad en silenciosa quietud, dormida, sin los ruidos de la agitación febril de la vida: Juan se acordó de la pobre niña muerta y en su corazón floreció, por un instante, el rosal del amor y mentalmente fué á deshojar sus flores, como ofrenda piadosa, sobre el sepulcro olvidado de la virgen de su querer juvenil.

Pensó nuevamente en la dicha ajena, en la felicidad de Enrique y su mujer y sintió de súbito impulsos suicidas de arrojar al mar por horror á entrar otra vez en la ciudad y encontrarse solo en medio de las asechanzas, perfidias y maldades de los enemigos que tanto daño le habían causado.

Marzo de 1910

JOAQUIN COSTA

Hoy es día de duelo nacional. El cable nos participa la muerte de D. Joaquín Costa, el coloso español. Larga ha sido la agonia del «león de Graus». Paralítico, pobre, solitario, llorando, con indignación tempestuosa y trenos apocalípticos, los males de la Patria, ha sucumbido Costa en lucha terrible con la enfermedad que le tenía postrado, inválido de cuerpo, pero con el espíritu lozano y el entendimiento potente, encendido como un faro que iluminaba el porvenir de España.

Poco antes de morir el pueblo español vino á darse cuenta de que Costa se iba y alrededor de su doliente soledad iniciase un movimiento general de admiración y piadosa simpatía. Al borde del sepulcro se le ofrecieron auxilios pecunarios que él rechazó sin perder, en sus postreros momentos, las indomables energías de su carácter aragonés, recio y altivo.

Ante el cadáver de Costa España entera debiera arrodillarse y llorar la pérdida del insigne y austero varon.

España debe sentir remordimientos al juzgarse culpable del olvido en que vivió Costa, que hizo del amor á la patria un culto ferviente y de sus deberes ciudadanos una religión inmaculada.

A la tierra se lleva Costa su amargo

pesimismo, acaso un tanto exagerado á causa del estado de ánimo en que se hallaba, con mezcla de tristeza y desesperación, por sus males físicos.

Costa era un carácter rectilíneo; ni se torcía ni se doblaba. Apareció en la vida pública á raíz de la catástrofe en que se hundió el resto de aquel inmenso imperio en que el sol no se ponía. Entonces hizo un vigoroso llamamiento á las clases neutras para salvar á la patria. Inició un saludable resurgimiento nacional, personificado por él, pero sus esfuerzos no dieron los frutos con que él soñaba, y se retiró.

Años más tarde reapareció su gran figura en el Ateneo de Madrid, donde dió sus conferencias sobre la «Oligarquía y el caciquismo», trabajo magistral, labor profunda de filósofo, de sociólogo, de político, de patriota. Para la magna empresa de salvar á España, Costa no encontró colaboradores. Estos desengaños fueron los que engendraron su pesimismo, llegando á decir que somos un pueblo de eunucos.

Costa era irreductible en sus resoluciones. Enemigo de la farsa parlamentaria, por él flagelada implacablemente, fué diputado y no quiso sentarse en el Congreso. En estos últimos tiempos, republicano convencido, hizo labor revolucionaria, pero apartado de las intrigas del republica-

nismo dividido y fraccionado, no por cuestiones de idea, ni siquiera por fórmulas de procedimiento, sino por pasiones personales.

Costa agonizaba en medio de una cerrada republicana, ha dicho Cavia. Las lamentaciones y los apóstrofes formidables de Costa serán históricos en una época en que España es una especie de casa de Tócame Roque.

Se apagó para siempre la luz maravillosa de aquel cerebro que tan lejos veía y tanto abarcaba en su sapiencia. Dejó de latir aquel gran corazón de español exaltado que con afecto tan profundo y sincero amó á España y odió á los políticos responsables de la postración de la patria. Porque en Costa son tan grandes sus amores como sus odios. Su figura toma proporciones gigantescas cuando se yergue y apostrofa á los oligarcas y caciques.

Costa ha muerto, pero quedan sus obras, los frutos de su portentosa inteligencia. Era sabio y artista; decía las cosas más profundas en forma bella, en estilo vibrante, plástico, de extraordinario vigor. Muchas de las verdades que dijo las esculpió. Polígrafo sabio, tratadista de derecho, jurisconsulto, sociólogo, pensador, filósofo, orador de palabra cálida y elocuente, Costa fué un coloso.

La suerte, el porvenir de España era su

constante preocupación. Por su entereza, por sus poderosas energías, por la impetuosidad que ponía en todos sus actos llámósele el león de Graus, villa donde ha muerto, lejos de la tierra baja, en lo alto, en la cumbre donde anidan las águilas y vivía el pensamiento de Costa.

En los últimos días de su vida la prensa de toda España consagró largas informaciones al curso de la enfermedad del gran español que se ha ido para siempre cuando aun se esperaba mucho de su ciencia y de su voluntad que jamás flaqueó.

Hoy, muerto Costa, España le debe un homenaje digno de su grandeza intelectual y moral y de su ardiente patriotismo, por nadie superado.

Febrero 9 de 1911.

SONETOS DE UNAMUNO

Cierro el libro *Rosario de sonetos líricos*, y me pregunto: ¿Unamuno es poeta? Indudablemente es poeta del pensamiento; pero no de la forma. Piensa alto y siente hondo, más no domina la forma poética, que no le es dócil, que se muestra rebelde á su voluntad. En los versos de Unamuno falta esa íntima correspondencia interior entre el pensamiento y la palabra que avalora la obra del poeta. La palabra no corresponde con exactitud al pensamiento dándole calor de emoción ó intensidad expresiva á la idea, sensación ó sentimiento que quiere transmitir. De aquí la incoherencia en el desarrollo de muchas composiciones.

Así es frecuente encontrar hermosas ideas, pensamientos filosóficos, conceptos originales y sagaces observaciones torpemente expresados, de rima defectuosísima; versos estrafalarios, duros, prosáicos; consonantes rebuscados y estrofas inarmónicas, llenas de ripios de coplero. Háse propuesto ser poeta original, con arreglo á su especial manera de entender la poesía, y quiere introducir innovaciones en la construcción del verso sacrificando el ritmo y aún la claridad del concepto con retorcimientos de la frase. Quiere huir del ripio y cae en él, empleando consonantes demasiado ramplones como *hijos* y *proli-*

jos ó tan inhabilmente rebuscados que que acusan un deplorable mal gusto en literato de la cultura de Unamuno.

Antojáseme que el prurito de originalidad perjudica la expresión lírica en las poesías de Unamuno, afeándolas. Véese desde luego que no es de esos poetas privilegiados que les sale de primera intención el verso limpio, diáfano y elegante. El verbo del ilustre escritor encuéntrase embrazado entre el cauce estrecho de la métrica y las exigencias de la rima, y en vez de pararse á vencer las dificultades que le salen al paso—para ello le sobra talento—procurando limar asperezas, pulir el estilo, buscar la palabra justa, la imagen propia, el consonante adecuado sigue adelante á lo que saliere.

Este es el efecto que me producen los sonetos de Unamuno. ¿Lo hace adrede? Es probable que sí; porque Unamuno persigue el fin de que todo lo que escribe, verso ó prosa, suscite discusiones. Su propósito siempre es alborotar el cotarro literario ó político.

Claro es que con tal sistema sus composiciones poéticas pierden en belleza lo que ganan en extravagancia.

Produce desagradable impresión en los que, como yo, admiran el espíritu inquieto y bien cultivado del rector de la Universidad de Salamanca, encontrar en algunos

sonetos, que encierran bellos pensamientos, tal ó cual verso suelto elegante al lado de otros rígidos, inflexibles, ásperos y rípidos que deslucen el conjunto de la composición. Aunque no siempre, los temas suelen ser hermosos, pero flojos y endebles los versos.

Unamuno escribe sonetos á granel conociendo las dificultades de este género en el que fracasan poetas de estimables dotes. En los versos libres, de diversas combinaciones métricas, la musa conceptuosa del genial paradogista muévase con más libertad y desembarazo, porque encuentra más ancho campo su fértil fantasía.

El soneto en su brevedad y contextura es tan sintético y ofrece trabas y obstáculos tales en la ejecución que ó se orillan teniendo un completo dominio de la métrica y la rima ó merced á una paciente labor de pulimento, siguiendo antiguas normas estéticas y clásicos preceptos que aconsejan leer y releer lo que se escribe antes de publicarlo. Unamuno, á mi entender, ni posee ese dominio ni tiene ó no quiere tener paciencia para el trabajo de lima que, por otra parte, cuando es exagerado ofrece el inconveniente de caer en el artificio retórico y en el amaneramiento.

Entre los 128 sonetos—si no he contado mal—del *Rosario* no hay uno acabado. Los que tienen cuartetos bien hechos los ter-

cetos son defectuosos y hasta detestables, y viceversa. En los tercetos observo que suele estar más afortunado.

Tiene Unamuno la pretensión de expresar en verso todo lo que se le ocurre: estados de ánimo, vagas inquietudes y zozobras espirituales, anhelos y meditaciones filosóficas, desmayos líricos con sabor madrighalesco, caprichos humorísticos, cantos á la vida y al dolor, cuadros del hogar, evocaciones del pasado, misterios de ultratumba, temas amorios, paisajes, etc., etc y en ocasiones los asuntos resultan tan fútiles, vulgares y personales que ni interesan ni emocionan.

Sustento la teoría de que en el molde del verso solo deben vaciarse aquellos pensamientos que ganen en vigor y fuerza emotiva expresados poéticamente. Las concepciones propias para el amplio desarrollo de un poema no caben en la lírica eminentemente subjetiva.

Echo de ver que los sonetos de Unamuno de asunto más trivial, por lo general, son los mejores, considerados en cuanto á la forma, y, en cambio, aquellos en los que se descubren cordial emoción, elocuencia afectiva ó pensamientos hondos dejan mucho que desear; no están acabados.

Por ejemplo el titulado *Dulce silencioso pensamiento*, cuyos cuartetos son detestables y elegantes y bellos los tercetos, salvo

el verso *digiero los secretos de la historia*, que no me gusta.

Para que pueda apreciar el contraste que señalo el que no haya leído el libro, voy á copiar íntegro el soneto.

*En el fondo las risas de mis hijos
yo sentado al amor de la camilla;
Heródoto me ofrece rica cilla
del eterno saber y entre acertijos
de la Pitia venal, cuentos prolijos
realce de la eterna maravilla
de nuestro sino. Frente á mi en su silla
ella cose y teniendo un rato fijos
mis ojos de sus ojos en la gloria
digiero los secretos de la historia
y en la paz santa que mi casa cierra,
al tranquilo compás de un quiento aliento
ara en mí, como un manso buey la tierra,
el dulce silencioso pensamiento.*

Los versos de Unamuno ofrecen materia abundante á la crítica menuda y de mala fe que siempre va á la caza de pecadillos gramaticales y defectos de métrica y rima. Pero Unamuno, aunque es poco respetuoso con los demás y á veces maltrata injustamente á legítimos prestigios literarios, es acreedor á que sus producciones sean estudiadas con serena imparcialidad, libre el ánimo de los malos humores de personales diatribas.

Hace alarde Unamuno de una manera extraña y violenta de versificar y le quita elegancia y sonoridad á la estrofa con los giros que emplea con verdadero abuso.

En el libro de Unamuno aparecen los sonetos caprichosamente agrupados con los títulos *Los sonetos de Bilbao. De vuelta á ta casa. En casa ya. Asturias y León. De nuevo en casa.*

Entre esta larga serie, rosario, sarta ó ristra de sonetos, hay ideas, conceptos y pensamientos que, seleccionados, darían materia para escribir magníficas composiciones. La cantera júzgola excelente; pero la ejecución del artista, la «mano de obra», como si digéramos, lo tocante á la versificación, paréceme incompleta y deficiente.

Sin embargo *El dolor universal* es un lindo soneto. La idea está expresada en él con diafanidad y elegancia. *La oración del ateo* encierra un pensamiento filosófico, pero expresado sin vigor ni galanura. Es hermoso y sentido *La virgen del camino.*

Muchos sonetos llevan al frente lemas de inmortales poetas extranjeros, que al final traduce Unamuno en unas notas explicativas que pone como epílogo, porque se confiesa enemigo de los prólogos. Un prólogo ó un epílogo ¿qué más da?

Para concluir. *En Rosario de sonetos líricos* repito que Unamuno es poeta del pensamiento, pero no de la forma rítmica,

elegante y sonora á la que rindo culto sin confundirla con la vacuidad chirle, naturalmente. Si Unamuno llegase á hermanar el fondo y la forma sería, sin controversia, un alto y profundo poeta. En verso más que en prosa hay que cuidar el ropaje con que se visten y engalanan las ideas. La poesía, principalmente, es forma, porque cuando se canta hay que cantar bien, con oído, gusto y arte.

Octubre de 1911.

Una carta de Unamuno

Con motivo de la publicación del anterior artículo, dedicado á los sonetos de don Miguel de Unamuno, el ilustre rector de la Universidad de Salamanca escribió la carta que sigue, que reproducimos por ser de quien es y por las cosas interesantes que dice en ella.

3 XI 11.

Sr. D.

Muy señor mío: Gracias por el envío del número de «La Defensa». En cuanto á la opinión de *Jordé* está bien, cada uno tiene la suya y tengo por norma no discutir á mis críticos, y menos cuando como ese son respetuosos y bien intencionados. Ni es el único que piensa así de mis sonetos. Pero yo tengo la petulancia de creer que cambiarían de opinión si me los oyesen leer á mi mismo. La gente está aquí habitua-

da á una pésima declamación de versos, á que se presta los de tamboril Zorrilla y otros. La música de Wagner tardó en entrar por falta de ejecutantes—cantores y tocadores—apropiados; los tenores hechos á cantar arias de Donizzetti destrozaban lo otro. Y así pasa en esto. Estamos mal educados.

Por lo demás pocas cosas he cuidado más que la forma en esos sonetos buscando un castellano de la tierra, enjuto, conciso, sin hojarasca, denso, consonantes poco vulgares y el ritmo más másculo y menos tamborilesco. Las redondeces lánguidas y las cadencias de ola de playa me molestan **AL OIDO**. Acústicamente, por educación de ritmo, huyo de las curvas convirtiéndolas en ángulos como hacen los japoneses en su dibujo.

Pero esto es largo de contar y algo de ello he de escribir. Entre tanto que siga esa poesía chirle, blandengue, toda redondeces y pseudo-sonoridades y cantando futesas con metáforas del común acervo y diluvio de epítetos.

Suyo affmo.

Miguel de Unamuno.

REVISTILLAS TEATRALES

LA ESCUELA DE LAS PRINCESAS



Expongamos, en rápida síntesis, la ficción dramática que ha servido al sutil ingenio de Benavente para bordar primores de sátira y de ironía entre pensamientos hondos, frases intencionadas y agudos conceptos.

Descúbrese en la fábula, á través del artificio teatral que anima las figuras,— Benavente es alto poeta y maestro consumado en técnica—un fondo de verdad irreprochable. La fantasía del gran comediógrafo, gloria y orgullo del teatro español contemporáneo, ha inventado personajes prestándoles calor, pasión y sentimiento de vida, inspirándose, no en mundos imaginarios, sino en la realidad viva y palpitante.

Imaginario acaso no haya más que los nombres de los reinos—Alfania y Suavia—y de los personajes. En el curso de la acción adviértense observaciones satíricas de la vida política, diplomática y palaciega de cualquier nación. El Presidente del Consejo de Ministros de Alfania es un ejemplar viviente de político al uso.

Con esta digresión ya nos habíamos

olvidado de exponer el argumento de *La Escuela de las Princesas*. Vamos allá.

La antigua, fría y apergaminada razón de Estado—tan vieja como las Monarquías—interviene para casar á la Princesa Constanza, de Alfania, con el Príncipe Alberto de Suavia. Contra todas las etiquetas protocolarias, la Princesa se niega á unirse con el Príncipe, porque está enamorada del Duque Alejandro. Las simpatías populares protege y nimba, con resplandores de romanticismo, los amores de la Princesa que, por casarse con el elegido de su corazón, hace renuncia de sus derechos á la Corona en su hermana Felicidad, que consiente en unirse con el Príncipe. El Rey y el Gobierno aceptan la resolución de la Princesa Constanza.

Termina el primer acto, modelo por cierto de exposición, y en el segundo ya tenemos en escena al Príncipe Alberto, que siente tierno afecto por la Princesa Constanza, cuyos amores con el Duque conoce.

El Príncipe y la Princesa se ven y se hablan. El es apuesto, gallardo, culto, aficionado á desentrañar la filosofía que se desprende de los hechos y las cosas corrientes de la vida. En sus entrevistas con Constanza le habla suavemente, sutilmente de su conducta de Princesa que renuncia á sus deberes entregándose á

locos sueños, y poco á poco va adueñándose del corazón de Constanza. Mientras esto ocurre el Duque Alejandro se ocupa en tramar planes de ambición para los cuales toma por base su concertada boda con Constanza.

—Princesita de los ensueños locos ¿por qué no supiste esperar?—le dice el príncipe á Constanza, y desciende el telón. Ha terminado el segundo acto.

En el tercer acto murmúrase en la Corte que la Princesa ama al Príncipe y desdeña al Duque. Ella misma confiesa que se equivocó, que su corazón la engañó y rechaza al Duque por fatuo y ambicioso. El Príncipe le habla de sus sueños de felicidad, de su amor al pueblo y de otras cosas bellas y sutiles que conmueven á Constanza.

La razón de Estado y las conveniencias políticas se imponen, porque los intereses de la Monarquía no pueden estar á merced de los caprichos de una Princesa. Así lo declara el Rey y su primer consejero. El Monarca obliga á Constanza á casarse con el Duque, pues de lo contrario será encerrada por loca.

La Princesa llora, el Príncipe le cuenta un bello apólogo en el que entre las hadas de la gloria, el poder, la riqueza, la felicidad surge la vieja que llama al sacrificio. El sacrificio que deja de serlo cuando es amor.

Por boca de uno de los personajes de *La Escuela de las Princesas*, dice Benavente que el corazón ama muchas veces y siempre igual. ¿Será esto una paradoja ó una profunda verdad? Es más fácil cambiar de ideas que de sentimientos, también nos dice Benavente.

Es cierto que muchas veces, cuando creemos tener aprisionada la felicidad, como una mariposa de alas de oro cuyo polvillo áureo dora nuestras ilusiones breves momentos, solemos equivocarnos, como se equivocó Constanza, antes mujer que Princesa, según su propia frase.

¡Oh! el sacrificio á los convencionalismos sociales, á la etiqueta del Protocolo, á las conveniencias políticas, cuantas vidas amarga y tuerce, cuantos anhelos trunca, cuantos corazones destroza en el mundo, lo mismo en las altas esferas que en los modestos círculos. La eterna farsa humana, que arranca lágrimas y provoca risas.

La hermosa é interesante comedia de Benavente deleita y hace pensar. Tiene honduras psicológicas entre encantos tiernamente poéticos y prodigios de ironía. Benavente sabe pensar alto y sentir hondo y hasta hablar claro. Gran poeta, artista exquisito de imaginación creadora, ingenio fértil de cáusticas sales áticas, sus producciones dejan siempre honda huella en el espíritu.

Diciembre, 1910.

LA ZAGALA

Ya nos era conocida la comedia que, sinceramente, diputamos por una de las mejores que ha producido el fecundo ingenio de los hermanos Quintero. Aunque el pensamiento desarrollase acaso con demasiada lentitud, lo cual puede producir algún cansancio, sobre todo en los espíritus inquietos é impacientes, *La Zagala*, considerada en conjunto—la concepción, los personajes, el gradual desenvolvimiento de la fábula, la pintura del medio, el ambiente de realismo en que está encerrado el marco de la obra—es hermosa y despierta vivo interés.

Hay en la comedia entremezclados, como en la vida misma, sentimiento, ternura, filosofía sencilla, escenas regocijadas, pasajes y frases cómicas.

Aparte ciertos lunares, *La Zagala* es un gran acierto de los Quinteros que, sin dejar la Musa alegre y picaresca que inspira sus producciones, han escrito una comedia que á ratos conmueve entre risas y donosas travésuras.

Descubrimos en *La Zagala* bellezas de forma interna y externa que reclaman justas alabanzas.

D. Baltasar de Quiñones, chapado á la antigua, amante de la naturaleza y del campo, que abomina enérgicamente de las costumbres licenciosas de nuestros días, es una afortunada creación de los ilustres autores. No es ridículo, por más que parezca juzgado superficialmente, sin ahondar en el carácter, aquel señor que habla enfáticamente y enseña á escribir y lee versos á sus criados que, como es natural, acaban por dormirse durante la lectura.

El hidalgo romántico, poeta y sentimental que escribe tiernos madrigales, al verse solo y triste en la casa de sus pasados encantos y alegrías, muerta la esposa de sus amores y ausentes sus hijas, una de las cuales ignora la muerte de su madre, se enamora de la belleza rústica, fresca y lozana y del alma cándida de la gentil zagala que le sirve, oreando sus tediosas melancolías con ráfagas de aire sano del campo. Este es un momento psicológico admirablemente observado. A través de la nobleza del viejo procer que se prenda de la zagala apunta también algo de ardor sensual, de deseo encendido en presencia de la garrida moza.

La vanidad cerril de la ingenua zagala se infla al verse dueña de la casa y en posesión del alma de su amo, con quien se casa en secreto. D. Baltasar ve con ira y

dolor que hasta sus criados le afean sus amores, porque él es un gran señor y ella una póbrea mozuela.

Con el retorno á la casa paterna de la hija ausente que, al saber la muerte de su madre, llora con toda el alma la desgracia, se inicia el desenlace de la comedia. Al llegar á este punto la obra se falsea, hay en ella violencia, pues los Quinteros han sacrificado la verdad y la lógica artística á un efecto sentimental que, en absoluto, no puede reprocharse, porque el recuerdo de la muerta se reaviva con la llegada de Carmencita y hasta la zagala siente remordimientos y se aleja de la casa.

También se van, después de depositar flores en la tumba de su madre, las dos hijas del noble D. Baltasar de Quiñones al saber que su padre se ha casado; y el triste hidalgo se queda solo, solo llamando, entre sollozos, con voces del corazón, á su zagala...

Diciembre, 1910.

CASANDRA

La verdad por delante, anoche salimos del teatro mal impresionados. Somos fervientes devotos del maestro Galdós, y por ello nos contraría, grandemente, verle por derroteros que no son de los del arte que, con resplandores de gloria, corona la obra inmensa del gran literato.

Nuestra admiración al novelista la compartimos también con el dramaturgo que, en días de decadencia para el teatro español, cuando éste languidecía entre noñeces y efectismos pirotécnicos de un género híbrido, mezcla de romanticismo trastrochado y de falso realismo, Galdós rompió viejos moldes abriendo nuevos horizontes á la escena con sus dramas de ideas y sus comedias de tesis.

En *Cassandra* no podemos reconocer al creador glorioso de *Realidad*, *La loca de la casa*, *El abuelo* y otras producciones que son joyas valiosísimas del teatro español.

Galdós, después de llegar, en el vasto campo de la novela, á las altas cimas del pensamiento, remozó el teatro infundiéndole robusta vitalidad con calor de ideas nuevas y pasiones y sentimientos profun-

damente humanos, y se impuso y triunfó en la escena á despecho de aquellos que le combatían, ciegamente, en nombre de rancias teorías, ya en descrédito, barridas por las orientaciones y los cánones estéticos modernos.

Galdós y Benavente son, en nuestro tiempo, los dos grandes dramaturgos que España puede ofrecer á la admiración del mundo entero.

Pero el insigne dramaturgo, que tantas y tan rudas batallas libró con los públicos y hasta con cierto género de crítica, para imponer su arte, vigoroso por el pensamiento y por la forma, soberanamente humano, parece que busca al presente el aplauso fácil de la multitud enardecida con la detonante declamación de gastados tópicos revolucionarios.

No nos asusta el avance de las ideas en ninguna materia sujeta al libre examen de la razón; pero no podemos admitir que el arte, en sus diversas manifestaciones y modalidades, se desvirtúe y rebaje poniéndosele al servicio de la propaganda política y librepensadora

Exponer los males sociales, plantear los arduos problemas que agitan y conmueven en sus mismas entrañas á la sociedad contemporánea, bien está; pero entristece ver á Galdós, gran artista, confiando el triunfo á desplantes declamatorios, efec-

tismos grotescos y artificios de brocha gorda con mengua de la verdad, la belleza y el arte por halagar las pasiones exaltadas de la turba demagoga.

Casandra, hermosa novela, cuyas páginas están animadas de un profundo interés dramático, pierde mucho al convertirse en drama. La novela es obra de combate, de espíritu demoledor, labor de revolucionario militante; más en ella, no se sacrifica, tan marcadamente, el arte y la verdad á los efectos de la propaganda radical. En cambio, en el drama, salvo el primer acto y casi todo el segundo, Galdós da rienda suelta á pasiones sectarias y solo procura, con audacias de frase y de pensamiento, enardecer los instintos de las muchedumbres irreflexivas.

Casandra es del mismo género de *Electra*; pero, á nuestro entender, inferior en mérito artístico. Y conste que no condenamos el drama anoche estrenado por su tendencia, sino por creer que es un engendro de la fantasía del diputado republicano D. Benito Pérez Galdós, que no es, precisamente, el ilustre maestro de las novelas contemporáneas, los *Episodios nacionales* y los dramas que se titulan *Realidad*, *La loca de la casa*, *El abuelo*, *Los condenados* etc.

En *Casandra*, sin embargo, justo es reconocer que hay rasgos, observaciones

certeras, ideas, imágenes, frases bellas y escenas llenas de vigor y emoción. El carácter de *D.^a Juana* es magistral; está tallado por la mano del creador de *Doña Perfecta*.

El público aplaudió estrepitosamente las escenas de intensidad dramática.

Diciembre, de 1910.

LA SOMBRA DEL PADRE

La sombra del padre nunca debe faltar en la casa. Esta es la enseñanza que nos ofrece Gregorio Martínez Sierra en su obra.

Para probarnos lo que pudiera llamarse la tesis del autor—esto de la tesis en el teatro estuvo muy en boga en otro tiempo—presenta el nuevo comediógrafo un cuadro real, animado y pintoresco. Trátase de una familia pobre, cuyo jefe, el padre, abandona el pueblo y se va á América en busca de fortuna. En las pampas, trabajando rudamente, con perseverancia de la voluntad dirigida á un fin, encuentra el vellocino tan ansiado. Como la gran satisfacción de Pe,rin, trocado más tarde en D. José,—así se llama el protagonista—es encumbrar á los suyos, pues para ello se afana y lucha lejos del país nativo, envía dinero para educar á sus hijos y elevarlos de condición social

En el pecado lleva la penitencia el buen indiano, á quien en su hogar le esperan, después de tantos esfuerzos y penalidades para aprisionar la loca fortuna, desengaños crueles que encienden la ira en su alma buena y hacen asomar á sus ojos las lágrimas.

Regresa el indiano al seno del hogar, antes miserable, y encuéntrase en la opulencia, con sus hijos educados en el extranjero y en relaciones con las familias más encopetadas de la provincia. Pero ¡ay! los hijos se avergüenzan de su progenitor, porque es rudo y franco y no niega su humilde origen, sino que, por el contrario, recibe en su casa y abraza y obsequia á un antiguo amigo, pobre como él lo fué. La necia vanidad de los hijos de D. José llega hasta el extremo de impedirle que vaya, en compañía de ellos, á una reunión en casa del gobernador, diciéndole que su frac no está de moda y se reirían de él. Esta es otra enseñanza que se desprende de la comedia. El padre se queda en el hogar con su amigo de la infancia, con el alma transida de dolor por la conducta de sus hijos que, para él, es una cruel revelación. Y termina el primer acto.

En el segundo y último —*La sombra del padre* tiene dos actos — el viejo amigo de Don José le pone en antecedentes de todo lo que ocurre, de las burlas de que es blanco, de los amores peligrosos que su hijo sostiene con una mujer casada y del camino de perdición en que están sus hijas, una de ellas galanteada por un perdido y otra esposa de un calavera.

Con honda pena escucha estas revelaciones el indiano y, en un arranque enér-

gico de la voluntad, decide imponer su autoridad paterna, evitando la deshonra que amenaza su hogar. Al efecto comienza por echar de su casa al novio de una sus hijas, impidiendo, á tiempo, que ella acudiera al jardín á la cita que para aquella noche le había dado. Por cierto que la situación dramática, cuando se hallan frente á frente Don José y el novio de su hija, se prolonga demasiado y está á punto de ser ridícula.

Con severas frases traza Don José á su familia la nueva norma de vida que ha de seguir para salvar á sus hijos, impidiendo que rueden por la pendiente hasta caer en el abismo. La madre confiesa y llora su falta de energía para dirigir hacia el bien á sus hijos. Uno de éstos, el varón, falta al respeto á su padre que le indica que tiene que embarcar para América.

En este momento la voluntad de D. José flaquea, vacila y resuelve abandonar á su familia y volver á las pampas.

Todos le suplican que se quede; él rechaza los ruegos y dice á sus hijos que se retiren y le dejen solo. De pronto siéntese fuera música, cantos y bullicio. Es gente del pueblo que viene de una romería. Esto evoca en el corazón del indiano los años de su infancia pasada en el pueblo, y se queda.

Así termina la obra, de cuyo argumento hemos querido dar una idea.

Martínez Sierra es un escritor que empieza á escribir para el teatro con lisonjero éxito. En *La sombra del padre* se ven los tanteos del principiante que revela aptitudes de dramaturgo. De todos los personajes al único que ha logrado infundir vida el Sr. Martínez Sierra, es al indiano. Los demás son muñecos y alguno sobra, porque se despega de la obra.

La comedia tiene aciertos parciales y deja en el ánimo agradable impresión. Martínez Sierra pinta, con certera observación y justo colorido, el medio burgués de farsa social en que se mueve la familia del pobre enriquecido. El diálogo es elegante, animado y á ratos ingenioso.

Diciembre, de 1910.

DOÑA CLARINES



Doña Clarines... es un clarín para decir la verdad sin tapujos ni rodeos; la verdad á secas, desnuda, por muy amarga que sea. Por esta cualidad del carácter de la extraña y piadosa dama, envejecida prematuramente, que vive en el caserón desmantelado de sus mayores, la tienen en el pueblo por loca ó chíflada, especie que su mismo hermano, el tarambana de D. Basilio, se encarga de propagar, recomendando á un su amigo médico que la observe.

Además de un carácter áspero y avinagrado tiene *Doña Clarines* muy buen olfato, pues averigua todo lo que, en relación con su persona, se murmura á espaldas de ella.

Es *Doña Clarines* mujer muy cuidadosa de su hacienda, acrecentada por los bienes disipados, en sus derroches licenciosos, por su hermano D. Basilio, y vive con éste y con una sobrina huérfana llamada Marcela.

Una vieja criada—en las obras de los Quinteros abundan los criados habladores y entrometidos—nos pone en antecedentes de que *Doña Clarines*, en sus mocedades, estuvo enamorada y que su amante desapareció de la noche á la mañana, me-

nos fiel que su perro que se quedó con la mujer burlada.

Este episodio amoroso de la vida de *Doña Clarines*, que ella guarda como impenetrable secreto, amargó el alma, truncando sus esperanzas. Tan cruel desengaño agrió para siempre el carácter de *Doña Clarines* que, encerrada en su casa, ajena á las intrigas sociales, dedicóse al cuidado de su hacienda, á las prácticas religiosas y á cantar las verdades á todo el mundo, porque su locura dice que consiste en odiar la mentira.

Tiene *Marcela* un novio—Miguel—que resulta ser hijo del hombre pérfido que destró el corazón de *Doña Clarines*.

Los novios se ven y se hablan en la casa de una vecina; hasta que, enterada *Doña Clarines*, prohíbe á su sobrina las salidas á la calle y pone á la protectora del noviazgo como hoja de peregil.

Decidido Miguel á casarse solicita una entrevista con *Doña Clarines* para expresar sus deseos, porque *Marcela* vive bajo la protección de su tía.

De la entrevista espera Don Basilio, la vieja criada y el médico, que salga el enamorado galán con las manos en la cabeza; pero no sucede tal cosa.

Doña Clarines, como de costumbre, le dice un puñado de verdades al hijo del hombre que la abandonó y cuya presencia

le recuerda su doloroso pasado, y accede, al fin, sin esclarecer aquel episodio triste de su existencia.

Doña Clarines, que no perdona el mal que se le causó, enternécese y llora, y termina la comedia con el triunfo de la verdad sobre la mentira y del amor sobre el odio.

La nueva comedia de los ilustres autores sevillanos tiene dos actos y en ella no se abusa del chiste rebuscado, mostrándose parcos en agudezas reideras. Como el asunto es sencillo y no tiene mayores complicaciones, en *Doña Clarines* hay muchas escenas de relleno y algunos tipos que no hacen falta y están, consiguientemente, de más: la criada salvaje, por ejemplo, y hasta el mismo médico.

La acción se desarrolla con cierta monotonía; pero la comedia es hermosa y tiene interés que crece á medida que va desenvolviéndose sin violencias, lógicamente.

El carácter de la protagonista está vigorosamente trazado.

Diciembre, de 1910.

LA DUQUESA DE LA VALLIERE

En el vasto campo analítico de la novela lo mismo que en el círculo sintético del teatro, el género histórico ofrece grandes dificultades que solo saben vencer los novelistas ó dramaturgos de verdadero genio. Muchos son los literatos fracasados en el cultivo de la novela, el drama ó la comedia históricas.

Resucitar épocas pasadas, dar vida á personajes que por sus hechos viven eternamente en la historia, evocar las costumbres y el ambiente de tiempos pretéritos con colorido de verdad, es empeño artístico que pone á prueba los talentos más vigorosos y los espíritus más cultos.

El poder creador del arte es muy grande; pero son pocos los elegidos que poseen y dominan sus secretos. Shakespeare, aunque falsease la historia á veces, era siempre gigantesco, porque su genio se remontaba á las más altas regiones de la belleza y de la emoción trágica. Es un error creer que un período histórico se resucita solo con el aparato exterior, es decir con la indumentaria y el decorado, dejando en la penumbra, borrosas y sin plasticidad, las figuras que deben animar el cuadro que trata de pintarse.

Infundir vida á la *realidad histórica* es más difícil que presentar la realidad presente que se conoce y observa directamente metiéndose por los ojos. Claro que en lo que no se conoce ni se ha visto cabe el engaño; pero en arte solo pueden pasar los engaños geniales.

Luis XIV, con su corte de grandes poetas, eminentes políticos, oradores de elocuencia divina, artistas inspirados y hermosas cortesanas es empresa superior á las débiles fuerzas de D. Juan Antonio Cavestany. No es tarea fácil acertar con la pintura viva y animada del cortejo que seguía á Luis el Grande en sus deslumbrantes fiestas, cuya fastuosidad despide destellos de poesía, ingenio y amor á través de la historia.

Para asunto de su comedia eligió Cavestany los amores de Luis XIV con la Duquesa de la Valliere, interrumpidos por la Montespau, otra favorita del poderoso Monarca francés que pudo decir *el Estado soy yo*, conquistador de tierras y de corazones femeninos, amante de aventuras y lances de amor, gran protector de las letras, las artes y las ciencias, casado con una princesa española, hija de Felipe IV.

Interesante en extremo es el ciclo de Luis XIV, cuyo reinado (1661-1715) llena páginas brillantes de la historia de Fran-

cia. Los bosques de Fontaineblau y el Palacio de Versailles fueron teatro de las diversiones, galanteos y jornadas de amor á que se rendía aquel soberano que buscaba los besos de las cortesanas y la amistad de los poetas y artistas.

En breve síntesis digamos quien fué Francisca Luisa de la Baume le Blanc, convertida, por el favor real, en Duquesa de La Valliere. Era dama de honor de Enriqueta de Inglaterra cuando vió y se enamoró de la figura gallarda y el rostro bello y expresivo de Luis XIV, á quien antes de conocer admiraba ya. De carácter sencillo y modesto y alma íngenua y buena, romántica en su amor desinteresado, dueña del corazón de su regio amante, nunca sintióse desvanecida por las alturas en que vivió después de rendirse en los brazos del hombre á quien adoraba.

La Valliere tuvo varios hijos con Luis XIV y cayó de su privanza por el favor que el tornadizo rey dispensó á mademoiselle Montespau, que odiaba á su rival y quería humillarla. El carácter dulce de La Valliere que se resigna y llora en su desgracia, contrasta con la vanidad y soberbia de la Montespau.

Dos veces se retiró La Valliere á un convento, sacándola Luis XIV, que aún la amaba. Por último la hermosa cortesana, que tuvo por confidente á Bossuet y fué

amiga de Corneille, Moliere, Racine y otras glorias francesas, profesó en el convento de carmelitas con el nombre de *Luisa de la Misericordia*.

La cortesana terminó en mística y sinceramente arrepentida de su pasado; desdénó los goces del mundo para consagrarse, en la celda de su voluntario encierro, á adorar á Dios.

En su comedia *Cavestany* nos presenta una ridícula caricatura de Luis XIV. El tipo de la Valliere está mejor dibujado; pero tampoco en él acertó el fracasado autor.

La Duquesa de la Valliere es de una pobrera de ingenio deplorable. Tiene cuatro actos de escenas sueltas, incoherentes, desmayadas, de episodios sin colorido ni vigor, de anécdotas sin interés dramático. En ningún momento se descubren rasgos de la majestad y grandeza de Luis XIV.

La obra deja en el ánimo una impresión de vacuidad y ramplonería. No hay en ella arte, emoción ni ingenio; la forma es pedestre, sin un pensamiento bello ni una imagen delicada. En boca de los tres astros del teatro clásico francés—Corneille, Moliere y Racine—pone el Sr. Cavestany tales vulgaridades que si aquellos egregios varones resucitaran y tuviesen la desgracia de oír lo que se les hace decir en la *Du-*

quesa de la Valliere, se volverían á sus tumbas renegando de Cavestany, después de condenar, con juicio inexorable, el esperpento dramático que á la ligera hemos examinado.

Diciembre de 1910.

AMORES Y AMORIOS

Anoche se inauguró la temporada teatral.

El debut de una compañía despierta siempre expectación que sube de punto cuando se trata de artistas desconocidos del público ante quien se presentan por primera vez.

Nadie se fía del juicio ajeno tratándose de artistas de más ó menos nombradía, porque cada cual quiere formar juicio propio, en vista de la facilidad con que hoy se forjan falsas reputaciones á golpe de bombo y platillo.

La obra elegida para la presentación de la compañía fué *Amores y Amoríos*.

Hablemos, ligeramente, de la comedia de los hermanos Quinteros.

El mayor defecto, á nuestro modo de ver, de *Amores y Amoríos* está en los cuatro actos que tiene. El asunto, aunque se estire mucho, no dá para tanto. La obra es toda ella episódica, casi no tiene trama; es lánguida la acción y por eso interesa poco.

Además desde el principio se vé el final,

el desenlace. La comedia es sencilla, sin complicaciones; desenvuélvese en un ambiente apacible entre risas de gente que siente la alegría de vivir.

En el primer acto nos enteramos de que Juan María, mujeriego y poeta que para todas las mujeres tiene flores y galanterías en verso, se enamora de Isabel, que ya está enamorada del vate, cuyas composiciones poéticas se sabe de memoria y recita con deleite.

Luego los amantes riñen, porque ella es algo celosilla y él aficionado á las aventuras galantes. Transcurren los tres actos restantes, y al final, ¿como no?, hay reconciliación y se juran amor eterno Isabel y Juan María. Mientras esto ocurre, los autores sevillanos rellenan la obra con escenas sueltas y chistes á granel. Cuando la acción languidece, por la endeblez de la comedia, los ingeniosos comediógrafos la apuntalan con frases donosas y chistes oportunos, haciendo alarde de su habilidad técnica y del dominio que tienen de la escena.

En *Amores y Amoríos* se abusa demasiado del infeliz Moyita, á quien todos preguntan, durante los tres últimos actos, con machacona insistencia, si hay novedad en su matrimonio, es decir si hay indicios de que vaya á ser padre después de varios años de vida marital. A costa de

Moyita se hacen muchos chistes, algunos intencionados y con gracia.

Los tipos de la obra interesan poco, porque son vulgares y borrosos; sin embargo, en *Amores y Amoríos*, además de chistes hay escenas animadas y bien observadas. El diálogo es suelto, vivo y chispeante.

Tiene la comedia su moraleja, una dulce invitación á los amores tranquilos y sosegados, que *son hojas juntas de una misma flor*, á querer á una sola mujer, renunciando á los amoríos fáciles, que son *hojas sueltas*, según nos dicen los Quinteros.

Los amores elevan el pensamiento y fortifican el espíritu, mientras que los amoríos gastan y dañan el corazón. En esto se piensa cuando, terminada la comedia, descende el telón.

Claro que la consecuencia que se saca de *Amores y Amoríos*, no ha de ser aceptada por los muchos Tenorios que andan por el mundo.

Diciembre 2 de 1910.

EL BOBO

En un artículo, especie de balance teatral, que publica el ilustre crítico Manuel Bueno, en el *Heraldo de Madrid*, acerca de las obras dramáticas estrenadas en la última temporada, cita, como una de las mejores, la comedia *El bobo*, original de *Alejandro Bher*, seudónimo de un distinguido literato que se ha dado á conocer ventajosamente como comediógrafo.

Las obras dramáticas para apreciarlas, en toda su viviente plasticidad, es necesario verlas en escena, que la impresión sea directa, dando los artistas calor de vida á los personajes y relieve á las situaciones imaginados por el escritor. Si después de vista representar la producción dramática se lee mejor. Con la representación, primero, y después con la lectura puede formarse un juicio completo de la obra.

El que escribe estas líneas no ha visto representar *El bobo*, pero lo ha leído. La comedia de *Alejandro Bher* fue premiada en el concurso abierto por el Ayuntamiento de Madrid y luego estrenóse, con éxito, en el Teatro Español. La crítica hizo de ella merecidos elogios.

En efecto, *El bobo* es una hermosa comedia. Con acierto plantea su autor un problema moral, que tiene un desenlace que puede que no agrade, que seguramente no será del gusto de los partidarios de los dramas truculentos; de aquellos que siempre quieren que los conflictos pasionales terminen con sangre. El concepto del honor, como todas las cosas, ha evolucionado y no en todos los casos. ha de gritarse iracundo frente á la mujer adúltera ¡matadla!; porque hay almas grandes que por amor saben perdonar.

La trama, el ambiente, los personajes, todo es real en *El bobo*.

Pedro, alma elevada, corazón sano, espíritu sereno, dueño de su voluntad y de su conciencia de hombre bueno y recto, se enamora de Carmina, á cuyos padres ha salvado de la ruina facilitándoles, generosamente, dinero por cariño y por gratitud.

Carmina es una mujer vanidosa, coqueta, frívola, educada en un medio artificial, que no ve ni comprende sino la superficie de las cosas y de los seres humanos, tipo de mujer que caracteriza una época de convencionalismos, incapaz de preocuparse por nada serio, pendiente de la última moda del figurín de París.

Pedro se casa con Carmina, á pesar de los desvíos de ésta; y se decide á unirse á

aquella mujer por amor. El conflicto no tarda mucho tiempo en surgir, en estallar. Carmina no ama, no comprende á su marido. Pedro es *grande*, Carmina *pequeña*; dos caracteres incompatibles. El choque forzosamente tenía que sobrevenir. Carmina falta á la fidelidad jurada y Pedro, abrumado por el dolor, la despide, amargamente, diciéndole:

Adios, adios para siempre.. ¡Que seas muy feliz y que OTRO sepa darte la dicha que yo, loco, he buscado para los dos. Si alguna vez me necesitas no siendo para besar tus labios malditos, ni mirar tus ojos envenenados, ni abrazar tu cuerpo de mármol, ¡acude á mí! Nadie te amparará tanto y te disculpará tanto.

Y termina el segundo acto con las anteriores palabras que pinta un carácter y revela un alma que ama.

En el tercer acto, después de algún tiempo de separación, Carmina se presenta en la casa de su marido arrepentida, purificada por el dolor, á ver al *niño*, á su hijo.

La escena entre la mujer caída y su esposo, que al principio la rechaza, es sentida, hermosa, conmovedora.

Ella exclama llorosa y suplicante:—*Pedro: te hablo avergonzada de mi misma, porque se que no me creerás... En estos seis meses, sobre todo en estos dos, desde tu vuelta, no he vivido sino tu vida, no he re-*

zado sino por tí, he besado á mis hijos, PORQUE ERAN TUYOS... Cada mañana al mandártelos, les lleno de caricias que te envío...

Y luego agrega:—*¡Pedro de mi vida! ;Me mata tu dolor!*

El contesta:—*¿De veras? ¿De veras te matan mis padecimientos?*

Carmina:—*Pedro de mi alma, sí... A veces me has contado de REGENERACIÓN... Pues yo te juro por mis hijos que resurjo de mi misma, que lloro mi dicha perdida en necio, que repruebo mi adolescencia INEDUCADA y frívola... ¡que maldigo todo, que odio todo, que me aborrezco!... ¡¡que no amo sino á tí!!*

Al fin, Pedro, el bobo, perdona y á los reproches de su hermano contesta:

He castigado al que tenía mayor culpa. Mi mujer sintió siempre hacia mí una corriente de admiración y de piedad, y una verdadera repulsión para toda conjunción de amor conmigo. YO LO SABÍA: SOY HOMBRE CONSCIENTE, y me casé. Todo lo ocurrido es culpa mía, que he fracasado en lo único á que aspiraba á triunfar.

El bobo desde la primera hasta la última escena despierta vivo interés. La acción se desenvuelve serenamente, sin violencias. Tiene situaciones admirables, de ternura, vigor y emoción. Sin que sea una obra definitiva revela un entendimiento

sagaz y observador, del que puede esperarse mucho.

El asunto se desarrolla con arte sobrio y los tipos están trazados con dibujo firme. Hay en *El bobo* estudio acertado de costumbres y de caracteres. En el estilo no se abusa de la retórica ciñéndose al pensamiento que quiere expresarse.

Es justo el premio que obtuvo.

Junio, 1912.

LA REINA JOVEN

Anoche se estrenó en el teatro Pérez Galdós este drama de Guimerá, de un romanticismo trasnochado, inaceptable dentro de los cánones estéticos del teatro moderno.

Relataremos, ligeramente y á grandes rasgos, el argumento, prescindiendo de los episodios secundarios.

La reina Alexia, al ocupar el trono de sus mayores, cede al pueblo el parque y el castillo donde vió la luz primera, lleno de recuerdos de su infancia. Al acto de entregar las llaves al alcalde asiste la soberana y personajes de la corte. El pueblo invade los jardines y vemos al jefe de los republicanos, Sr. Roland, rodeado de correigionarios.

De regreso á palacio se desboca el caballo que montaba la Reina, joven y animosa. Un hombre valeroso expone su vida por salvar la de la soberana: es Roland, el jefe revolucionario que, con sus propagandas, sugestiona á las masas y mina los cimientos del trono.

En el primer acto el autor nos pone en antecedentes de lo que luego ha de ocurrir en el desarrollo de la fábula.

Rige los destinos de los Estados de la Reina Alexia el partido liberal y ella manifiesta al Presidente del Consejo de Ministros que desea conocer y dar las gracias á Roland, su salvador. El jefe radical, que también es diputado, acude á la entrevista con la Reina para solicitar el perdón de dos condenados á muerte. En la conversación de la Reina con Roland vése que ambos se aman. Ella le ofrece el indulto de los dos reos y abolir la pena capital, expresándole sus deseos de oír lo que él piensa. Roland se excusa de exponer sus ideas en presencia de la regia dama y la dice que en un mitin, convocado para aquella noche, hablará al pueblo. La soberana le promete asistir y, en efecto, asiste y oye los rugidos de la fiera excitada por el discurso de Roland contra la Monarquía.

Al saber el gran duque Esteban, exregente del Reino, y la camarilla palaciega que Roland estuvo en Palacio y que la soberana tiene el propósito de suprimir la pena de muerte, se indignan, ven en peligro las instituciones por la inteligencia entre liberales y republicanos y prometen lanzar del poder al partido liberal. El gran duque Esteban, que quiere casar á su hijo Wladimiro, imbécil á quien la Reina desprecia, con Alexia, confía en el *aliento de los cañones* para sostener la Monarquía contra los embates del mar revolucionario.

Los liberales caen del poder y lo ocupa el partido reaccionario patrocinado por el gran duque Esteban. Las Cortes son disueltas y se declara el estado de sitio.

Mientras tanto la visita de Roland á Palacio es comentada hasta por sus correligionarios

La Reina ingénuo, de corazón generoso, que desea la felicidad de su país, se halla sola en medio de los duques y príncipes que la adulan con lisonjas y falacias.

La Reina se decide á ir á la casa de Roland á pedirle amparo en su soledad. El revolucionario al verla entrar se sorprende. Ella le ofrece compartir con él el trono, como si digéramos la alianza del pueblo y la corona. Roland no acepta, sus ideas y convicciones se lo impiden. Ama á la mujer, pero odia á la Reina. Ella, por su parte, no quiere renunciar la corona y le dice que está dispuesta á dar su mano á Waldimiro.

Al salir la Reina del despacho de Roland entran sus correligionarios, los conspiradores que traman la revolución.

En la corte se dispone todo para la boda. El mismo día del enlace de la Reina con Waldimiro es el señalado para que estalle la revolución.

Al arengar á sus partidarios á la revolución marchando él al frente, lleva Roland dos designios, uno del político y otro del

enamorado: derrocar la Monarquía é impedir que la Reina caiga en brazos del necio de Waldimiro.

Efectivamente, cuando van á celebrarse los exponsales los revolucionarios triunfantes invaden el Palacio.

Roland se interponen entre sus correligionarios para que no haya derramamiento de sangre y da la mano á la Reina.

*
* *

Como obra de arte paréceme un adefecio *La Reina joven*. Con recursos gastados, con efectismos violentos, con situaciones inverosímiles, con caracteres falsos, con artificios retóricos, con escenas sensibleras de melodrama cursi ha querido arrancar el insigne creador de *Tierra baja* fáciles aplausos á la galería.

El drama estrenado anoche, no resiste un análisis crítico; es tan endeble y circunstancial que por su *propio peso* caerá en el foso del olvido sin dejar huellas sensibles de su paso por la escena española.

La obra de Guimerá no convence pero interesa; justo es declararlo así. La acción se desenrolla hábilmente y atrae la atención del espectador.

La figura de la Reina es simpática por sus acciones ingenuas, por su corazón romántico, pero carece de vida y consis-

tencia real; es un maniquí que se mueve entre los intrigantes de la corte y el republicano Roland. Este es un republicano vulgar que declama todos los lugares comunes en circulación. Los demás tipos unos son borrosos y otros grotescas caricaturas.

En conclusión, reconozcamos que el actual ambiente político y social de España es propicio al éxito popular de *La Reina joven*.

Febrero, 26-1913.

LADY GODIVA

El empeño es reciente, de hace pocos años. Ilustres poetas jóvenes, llenos de ardoroso entusiasmo por el arte, conciben la idea y llevan á la práctica la empresa de resucitar el teatro poético, de glorioso abolengo español desde el siglo de oro en que resplandece en la escena el genio dramático de Lope de Vega, Tirso y Calderón hasta el ciclo romántico del Duque de Rivas, García Gutiérrez y Zorrilla, el último trovador de la raza.

Con *En Flandes se ha puesto el sol* y *El Alcázar de las perlas*, triunfan en el teatro las gallardas estrofas de Marquina, fulguran las imágenes de Villaespera, poetas de alto vuelo, y el incomparable artífice de la forma, Valle Inclán, nos ofrece el exquisito primor de *Cuento de Abril*.

Linares Rivas, ya ventajosamente conocido como comediógrafo, quiere pobar suerte invocando las musas y escribe *Lady Godiva*, su primera obra en verso, estrenada anoche. El fracaso del ilustre autor fué visible. Linares Rivas, de ingenio vivo y travieso, no es poeta. Quiso seguir las huellas de Marquina y Villaespesa, y al primer intento échase de ver que le faltan alas, inspiración, sentimiento poético, facilidad, fluidez, vigor y elegancia

en la versificación para remontarse. Linares Rivas es un versificador ripioso, vulgar, ramplón, á quien se ve, á través de las escenas rimadas de *Lady Godiva*, á la caza del consonante fatigosamente sin encontrar la expresión poética, donosa y bella.

Una antigua leyenda inglesa tentó la curiosidad de Linares Rivas. Refiere la tradición que Lady Godyva, casada con el conde de Chester, se empeñó tenazmente en que su esposo rebajase los tributos que pesaban sobre los vecinos de Coventry. El conde que no se mostraba propicio á acceder á la demanda, impuso como condición á Lady Godyva, que era joven y bella, que para complacerla era preciso que recorriese desnuda las calles de la ciudad, condición que él creyó imposible que cumpliera. Mas la ilustre dama, resuelta á aliviar la situación de los contribuyentes, paseó por la ciudad á caballo y desnuda.

Con variantes esenciales ha llevado á la escena Linares Rivas la extraña aventura de la célebre dama inglesa presentando situaciones y escenas de cierto interés dramático.

El Duque de Fleringdor conquista por las armas una villa normanda y coge prisioneros á los pocos rebeldes que, al mando de *Lord Godiva*, le combaten, condenándoles á muerte.

Lady Godiva solicita del cruel tirano el perdón de su esposo y demás prisioneros. El duque victorioso impone para conceder la libertad de los que van á ser decapitados, una humillante condición: que la noble dama cruce la villa y se dirija al monasterio donde se aloja sin que ninguna vestimenta cubra su cuerpo. Ella visita en la prisión á su esposo y le expone el precio del perdón. El, al principio, se indigna oponiéndose á que se consume el oprobioso sacrificio, pero luego cede.

La gente de la villa se prepara á ver pasar á *Lady Godiva*; algunos vecinos áfean la conducta de los curiosos y entonces se cierran las ventanas, las calles quedan desiertas y la hermosa protagonista atraviesa la villa desnuda y á caballo.

El *Duque de Floringdor*, conmovido al saber que *Lady Godiva* realiza su sacrificio, amenaza con pena de muerte á sus soldados si se atreven á contemplarla, se hace vendar los ojos, le ofrece un manto para que cubra su desnudez antes de llegar á su presencia, otorga el perdón á los prisioneros, ordena rendir honores á la angustiada mujer y abandona la villa.

La obra interesó poco al público que sin emoción vió su desarrollo en lucha las habilidades del comediógrafo con la impotencia del poeta.

Marzo, 1913.

LA NOCHE DEL SABADO

Por primera vez representóse anoche en el Pérez Galdós esta *novela escénica* en cinco actos y en prosa original del peregrino ingenio de Jacinto Benavente. El público la recibió con frialdad. Diríase que estaba ausente de lo que pasaba en el escenario, que no había comprendido la obra, doblemente bella por la concepción, el pensamiento y la forma insuperable. Mezcla felicísima de fantasía y realidad, de honda y conmovedora poesía, ingenio sutil, observación certera, ironía, conocimiento de la vida y de las almas que pasan por el mundo llenas de inquietudes, zozobras, ensueños, ideales, *La noche del sábado* hace sentir y pensar profundamente á la par que sacude nuestra sensibilidad.

Una trama sencilla, sin complicaciones ni complejidades ha servido al insigne dramaturgo para cautivar nuestro espíritu ahondando en la psicología de la vida humana. Benavente nos presenta el ideal en lucha con la realidad llena de impurezas. Para vencer, dice *Imperia*, la idea creada por el artista, hay que matar la realidad.

¡Cuántos pensamientos, imágenes, frases, observaciones elevadas y sutiles, conceptos filosóficos, verdades de honda entraña humana esmaltan y avaloran *La noche del sábado!* Fuerza emotiva, situaciones enternecedoras, escenas trágicas, escalofriantes como el baile en torno del cadáver del *Príncipe* vicioso y depravado que acaba de asesinar la pasión exaltada de la juventud y el amor de la pobre *Dolina*, todo encontraréis en *La noche del sábado* estremeciendo el corazón. Visión de realidad y ensueño de artista noble que traza caminos de perfección y deleitándonos nos enseña lo que es la vida con sus alegrías y sus tristezas, sus esperanzas y sus decepciones, sus risas y sus llantos, sus locuras, sus dolores y sus bajezas. Gran poeta humano es Benavente, que en la vida se inspira y en medio de las miserias de la realidad viviente siempre tiene un gesto alentador de optimismo para seguir adelante mirando á lo alto, á las regiones donde anidan las águilas del ideal y las almas brujas vuelan en su noche del sábado.

Marzo, 26-1913

MALVALOCA

En la ya extensa galería de obras de los fecundos hermanos Quintero, de chispeante ingenio, *Malvaloca*, estrenada en el Pérez Galdós por la ilustre actriz Rosario Pino, es un gran acierto. Interés, acción, ambiente, ternura, calor dramático, maestría en el desarrollo del plan, gracia y donaire en el diálogo, siempre espontáneo y vivo, lleno de sales, efectos de buena ley en las situaciones culminantes, pintura feliz de los personajes, realidad irreprochable, en fin, hacen de *Malvaloca* una hermosa comedia.

El asunto es una expresiva copla andaluza que dice:

*Merecía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.*

Rota la campana del Asilo, la funden nuevamente para que sus voces sean tan sonoras como antes. *Malvaloca*, pecadora de corazón sano y generoso, al conocer á Leonardo, el único que la ha querido de veras, desea también que la fundan de nuevo lo mismo que á las campanas, para borrar su pasado de vergüenza y entregar-

se, limpia y pura, al hombre que la adora con pasión y á quien ella corresponde. Leonardo se encontró tarde en el camino de la vida á *Malvaloca* cuyo pasado le tortura; pero el amor que por ella siente es más fuerte que su voluntad y, al fin, la redime, la rehabilita fundiéndola de nuevo al calor de su cariño.

Ahora que el feminismo está de moda, acaso sin proponérselo sus autores, *Malvaloca* tiene su tesis: la rehabilitación de la mujer. A la Magdalena la redimió el amor de Cristo y á *Malvaloca* el afecto pasional de Leandro.

Marzo, 1913.

EL ABOLENGO.-CAMINO ADELANTE

Una noche dedicada á Linares Rivas. Primero *El abolengo*, después *Camino adelante*, cuatro actos en dos comedias, y á la calle. Confesamos con franqueza que no nos satisface, ni con mucho, el teatro del celebrado comediógrafo, en quien reconocemos talento brillante para la escena, pero talento más de forma que de fondo. Al pronto suele deslumbrar el cabrilleo de los dichos ingeniosos, las lentejuelas del diálogo de verbalismo retórico; mas apenas se ahonda un poco, se analiza, échase de ver el artificio de la trama, los defectos de procedimiento, la falta de lógica artística, la inseguridad en el trazo de los caracteres, las sinuosidades y bifurcaciones de la acción, los diálogos ociosos en los que Linares Rivas abusa de los chistes y frases, más ó menos oportunas y agudas, entreteniendo al público con *cosquillas* del género chico, queremos decir excitando la hilaridad. Justo es declarar que con frecuencia suele apoderarse de la atención del espectador por medio del cascabeleo de la risa.

Pero un escritor de las facultades del Sr. Linares Rivas está en la obligación de disciplinarse, corregir sus vicios literarios

y procurar la mayor perfección posible en sus obras, atendiendo más, ó descuidando menos, el gradual desarrollo de la fábula, la pintura del medio social que aspira á hacer visible, el dibujo de los caracteres, la expresión plástica del pensamiento sin distraerse y distraer á los demás con los fuegos de artificio del diálogo.

El abolengo es una comedia de costumbres en que se pone de relieve los vicios de educación de una familia apegada á los pergaminos de sus antepasados, ridiculizándola. El ambiente social en que los personajes se mueven sospechamos que está enfocado con certera observación de la realidad de ese viejo y rancio mundo aristocrático que se derrumba con sus bombollas, prejuicios y convencionalismos al soplo del espíritu democrático de los nuevos tiempos; pero los tipos unos son caricaturas y otros muñecos sin vida que el autor maneja al capricho, arbitrariamente, para llegar al final de la reconciliación de *Pilar*, la niña frívola y mal educada que se separa de su marido porque no la deja asistir á un baile, con *Andrés*. Por boca de *Jorge* y de *Antonia* el autor dispara amargas verdades contra la aparatosa familia que vive orgullosa de su *abolengo*.

Camino adelante se estrenó anoche en el Pérez Galdós. Tiene el corte de las obras de Linares Rivas, la marca de fábrica. Plantea violentamente, á vuelta de rodeos y vacilaciones en la exposición, un conflicto que, de pronto, nos ofrece clara la idea central de la comedia: el sacrificio de un hombre noble, de corazón y talento. En efecto, conocemos á *Agustín* triunfante en las oposiciones en que obtiene una cátedra. Está satisfecho de su triunfo, tiene aspiraciones para el porvenir que le sonrío; pero sus ilusiones se truncan. Al regresar á su casa su padre ha fallecido y *Agustín* quiere que su hermano *Clemente* se ponga al frente de la fábrica heredada. *Clemente* no acepta y, en vista de la negativa, resuelve nombrar un director. En esto el administrador de la fábrica, *Echevarrieta*, expone á *Agustín* la situación económica de la fábrica, sobre la que pesan hipotecas y, á mayor abundamiento, le entrega una carta de su difunto padre en la que le ruega que tome la dirección de los negocios para salvar de la ruina á su familia. La carta, como se ve, traída por los cabellos, crea el conflicto. Al principio *Agustín* se resiste á renunciar á su carrera, luego vacila y ante los ruegos de su madre, sus hermanos y su prima, que le mira con buenos ojos, decide quedarse.

Agustín, en compañía del rudo y honra-

do *Echevarrieta*, comienza la lucha para sacar adelante la fábrica, cancelando las hipotecas. En el momento en que cree despejada la situación, un usurero le reclama miles de pesetas facilitadas á su hermano *Clemente*; su hermana *Anuncia*, ya casada, pide también dinero, llegando el primero hasta á poner en duda la honrada administración del que por ellos se sacrifica. La obra de sus abnegados esfuerzos la ve *Agustín* por tierra y, para colmo de males, su prima *Sacramento*, la mujer amada en secreto, le da la sorpresa (sorpresa también para el público que no se había enterado) de que va á casarse con un militar.)

Ante la infamia de *Clemente*, el egoísmo de *Anuncia* y el desengaño inesperado y á última hora de la primita, *Agustín* se exalta y se desespera, quiere vender la fábrica, entregar la legítima de su padre á sus hermanos y abandonar el pueblo. Pero la voz leal de *Echevarrieta* le aconseja que se quede, que no desmaye, que siga adelante en el camino empezado antes de emprender otro, ofreciéndole su ayuda para triunfar de la maldad y de la codicia humana.

Y la comedia termina quedándose juntos la madre, *Agustín* y *Sacramento*, que corresponde al amor de su primo.

Para llegar á la conclusión el señor

Linares Rivas no ha desdeñado los recursos más pobres y vulgares. Cada vez que le ocurre saca á escena á *Echevarrieta* para hacer reir al público con sus dichos rudos.

Del sacrificio de *Agustín*, ¿qué enseñanza se desprende? El autor nos ha pintado un negro cuadro de maldades y egoismos en el que se destaca la figura noble del protagonista que siembra el bien y recoge ingratitudes y desengaños.

En el fondo todo esto es muy humano; pero entre situaciones falsas y artificios de técnica teatral, no acertamos á ver la finalidad de la comedia, á no ser que esté en que el hombre no debe nunca desalentarse por los obstáculos con que tropieza en la vida, sino seguir camino adelante; pero para este viaje no hay necesidad de sacrificarse por los demás, porque ya se sabe que, en recompensa de nobles acciones, se recibe la moneda corriente de la ingratitud.

Aceptada esta teoría, desconsoladora y pesimista, cualquiera está dispuesto á sacrificarse ni por los suyos ni por el prójimo.

Del sacrificio de *Agustín* no emana la satisfacción del deber cumplido á conciencia, sino la amargura y la desilusión de que el bien realizado es estéril, siendo inútil sacrificarse por los demás, pues en

el mercado social el desinterés y la nobleza encuentran, en pago, el egoísmo sin entrañas y la villanía de seres sin sentido moral.

Marzo, 28-1913.

UNA REPRESENTACIÓN DE "HAMLET"

Anoche se representó *Hamlet*, la grandiosa creación del genio del inmenso poeta inglés. La figura del desventurado príncipe, de espíritu dolorido y atormentado, pasó por la escena interesando poco—valga la verdad—al público. El pensamiento, la filosofía profundamente humana, la aguda sutileza de *Hamlet*, no retiene la atención de las gentes acostumbradas á los dramas truculentos, todo superficialidad y artificio, vacíos por *dentro* ó á las comedias reideras de tipos cómicos, caricaturas grotescas, situaciones y lances convencionales y chistes más ó menos ingeniosos.

El público moderno se aburre, bosteza de tedio lo mismo con la tragedia griega, que en presencia de los dramas de Shakespeare, que con las obras del teatro clásico español. Echegaray, primero, con su teatro convencional, falso y artificioso, todo brillante pirotecnia y después el llamado género chico, han extraviado y estragado el gusto del público.

Galdós y Benavente, los dos insignes dramaturgos contemporáneos, han señalado nuevos rumbos purificando la escena

y ensanchando los horizontes del teatro español con sus dramas y comedias sacadas del vivir cotidiano, inspiradas en la realidad, creando individualidades y caracteres que dan la sensación de lo humano. Los ilustres hermanos Quintero también han llevado al teatro, con su musa alegre y picaresca, la observación certera, el chiste ingenioso y la pasión sentimental en sainetes y comedias que todos hemos admirado.

Pero volvamos á *Hamlet*. Hemos visto encarnar á diversos y notables artistas, españoles y extranjeros, la compleja personalidad de *Hamlet*, y cada uno le da una interpretación distinta, *personal*. ¿Qué interpretación se acerca más al verdadero carácter del sombrío personaje shakespiariano, alma triste y complicada que ama, duda y odia? Ama á la dulce y tierna Ofeelia que pasa por la escena como una visión de ensueño, coronada de flores, y odia á los asesinos de su padre, cuya sombra le pide venganza. No es fácil dar contestación á la anterior pregunta, porque exigiría un estudio largo y minucioso.

Loco y cuerdo, irónico y agresivo, astuto y vehemente, reflexivo y exaltado ve-se en el abismo psicológico de *Hamlet* un fondo trágico de verdad humana que hace eterna la ficción dramática. ¿Quién no ha sentido sus inquietudes y zozobras espirituales?

En el desarrollo del drama de Shakespeare, el Sr. Tallaví nos hizo visibles los diversos y encontrados sentimientos que agitan el espíritu del príncipe de Dinamarca: sus dudas, sus amores, su vehemente ansia de vengar la muerte de su padre, el concepto amargo y pesimista que le sugiere la fragilidad humana y la maldad de los hombres, la noción que tiene de la vida y del pavoroso misterio de la muerte.

El inmortal monólogo lo recitó admirablemente. El ilustre artista salió airoso de su empeño harto difícil y erizado de dificultades. Fué aplaudido en justicia.

Febrero, 19 - 1914.

CELIA EN LOS INFIERNOS

Anoche se estrenó *Celia en los infiernos*, última producción del inagotable ingenio de Galdós. Gran corazón el del maestro, sus nobles anhelos de igualdad y justicia social suelen desviarle del arte puro. Un ilustrado crítico, Manuel Bueno, ha dicho que *Celia en los infiernos* es un viaje al planeta de la Utopía, hermoso y consolador país que los espíritus generosos adoran á través de los egoismos y las bastardas pasiones que agitan febrilmente á los seres humanos.

Galdós, en su nueva comedia, ha puesto, una vez más, el arte al servicio de ideas altruistas de redención social. No persigue un fin estético, sino que sienta una conclusión de transcendencia social. No es el arte por el arte el resorte que mueve los personajes de *Celia en los infiernos*, sino la consoladora utopía de fraternidad universal.

Celia encarna un ideal de reparación y justicia, es la mujer-idea que predica y practica el bien de sus semejantes.

La trama es sencilla, sin complejidades; la acción marcha rectilínea, salvo algunos episodios, al desenlace concebido por el autor insigne.

Conocemos á Celia cuando es declarada mayor de edad y entra en posesión de una enorme fortuna. Temperamento romántico y alma generosa piensa aplicar su dinero á algunos fines humanitarios. Enamorada de Germán, joven empleado de su casa, experimenta un cruel desengaño al enterarse de que sostiene relaciones ilícitas con Ester, su sirvienta y hermana de leche, á quien profesa gran afecto. Con mezcla de amor, celos y despecho, Celia arroja de su palacio, dirigiéndola frases violentas, á la que le había arrebatado el hombre de su cariño. Ester va á unirse con Germán, que abandona la casa de la millonaria antes de que ésta se entere de sus amores no sancionados por la ley.

Luego, durante el curso de la obra, Celia siente remordimientos por lo que ha hecho y decide averiguar el paradero de Ester y Germán.

Habla Celia del *cielo* y del *infierno* que existen en la tierra, del cielo de los ricos que todo lo poseen y disfrutan y del infierno de los pobres que de todo carecen y sufren angustias y privaciones.

Para consolar á los tristes y desheredados Celia desciende del *cielo* al *infierno* y, disfrazada de paleta, va en busca de Ester y Germán y se pone en contacto con las miserias del vivir de los humildes.

En su excursión al infierno conoce á

D. Pedro Infinito, viejo nigromántico y astrólogo que, por unas cuantas *perras*, dice el horóscopo á la gente plebeya y supersticiosa que le consulta. Don Pedro es la figura mejor dibujada y de más consistencia real, tipo de un humorismo sentimental delicioso. Los demás son una serie de muñecos que giran alrededor del eje central y que Galdós maneja al capricho para el desarrollo de su pensamiento.

Celia encuentra á Germán y á Ester trabajando honradamente en una fábrica de trapos, donde la materia de deshecho la industria transforma y renueva. Así quiere la protagonista de la obra del insigne escritor transformar y renovar el viejo mundo de los prejuicios y las injusticias. Celia ofrece protección á sus antiguos amigos y servidores, compra la fábrica, promete participación en las utilidades á las obreras y crear además pensiones y retiros para los trabajadores viejos é inútiles.

Celia promete toda una legislación obrera, y cuando Ester exterioriza sus celos por temor á que le arrebate el cariño de Germán, la rica heredera la tranquiliza y sacrifica su amor por labrar la dicha de los demás á costa de la propia felicidad.

Por boca de sus personajes, Galdós aboga por el equilibrio y la justicia sociales. Celia dice que las mujeres ricas deben ca-

sarse con hombres pobres y viceversa. La tendencia, el espíritu de rebeldía contra la actual organización económico-social asoma y late en toda la comedia.

La exposición de la obra es larga y monótona. Con una discreta poda ganaría mucho el primer acto. *Celia en los infiernos* fué escuchada con interés por el numeroso público que llenaba el teatro. Es, como ha dicho acertadamente un crítico, una hermosa obra de ensueño y realidad.

Marzo, 26-1914

FILOSOFÍA BARATA

La vida es trágica ó cómica, según cómo se la mire. Ya lo dijo el poeta, con excéptico humorismo:

*En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.*

Si los sones son alegres y cascabeleros hay que bailar. Si, por el contrario, la música es fúnebre el que no quiera llorar debe aparecer compungido. Así es la comedia humana, que á veces las ambiciones y los odios truecan en sangriento drama.

La vida—y va de filosofía barata—es dolor y alegría, llanto y risa. Los satisfechos gozan y ríen. Los cansados hacen muecas de hastío. Los desheredados que no conocen las caricias de la diosa Felicidad, unos se resignan y otros protestan y maldicen airados.

Y así va el mundo... Llega la muerte, el pavoroso misterio, y todo lo acaba y todo lo iguala.

Los adelantos de la civilización moderna han hecho más compleja la vida. Es tan breve la existencia y, sin embargo, falta paz y amor entre los hombres y sobran odios, pasiones y egoismos que fermentan en el corazón humano.

En vez de embellecer la vida se procura entenebrecerla. El hombre no es el hermano sino el enemigo del hombre.

Si fuesen destruidas las mentiras convencionales de que habló Max Nordau, viviríamos mejor.

Pero como no parece muy cercano el utópico reinado de la paz, la verdad y la justicia, mientras tanto procuremos amar y embellecer la vida, ahuyentando los fantasmas que la entristecen y en ocasiones la hacen odiosa....

Abril, 1914.

DON NICOLÁS ESTÉVANEZ

En París, donde vivía, ha muerto un canario ilustre, D. Nicolás Estévez. Ilustre por la inteligencia y por el corazón, grande y generoso, lleno de bondades y amor sincero á la humanidad.

Carácter recio y enérgico, era, sin embargo, muy sensible ante el espectáculo del dolor humano y vibraba de indignación y coraje en presencia de cualquier atropello del derecho, la razón ó la justicia.

Viejo y enfermo, superviviente de una generación de románticos idealistas, conservó siempre la lozanía y el humorismo de su espíritu.

Su figura era bizarra, con su perilla marcial. Había alcanzado el grado de capitán y se retiró del ejército cuando el abominable crimen del fusilamiento de los estudiantes cometido en la Habana, en nombre de España.

En su larga y accidentada vida de revolucionario de pensamiento y de acción, abundan los episodios interesantes, los rasgos nobles, los arranques viriles, los actos heroicos.

Leed su libro «Fragmento de mis memorias», escrito con encantadora sencillez y gracejo insuperable, si queréis conocer

una parte de la historia del gran Don Nicolás.

Escribiendo lo mismo que hablando cautivaba por la gracia y el ingenio que derrochaba en sus relatos. En su conversación chispeante gustaba de intercalar anécdotas, casos y cosas curiosísimas de los políticos españoles.

Fué un caballero del ideal y ha muerto fiel á la dama de sus pensamientos, la República federal, por la que sufrió persecuciones, amarguras y desengaños.

Don Nicolás Estévanez nació en Las Palmas el 19 de Febrero de 1838. En 1856 terminó sus estudios en la Academia militar de Toledo. Se batió en la guerra de Africa en 1859 y 1860, fué herido y ascendido á capitán. Estuvo también en la campaña de Santo Domingo. Tomó parte activa en la revolución española. Fué diputado de las constituyentes. En 1872 se sublevó en Andalucía. Proclamada la República fué primero gobernador civil de Madrid y más tarde Ministro de la Guerra. En 1874 emigró.

En Mayo de 1906 visitó Las Palmas de paso para Cuba. Aquí le vimos por primera y última vez. Escribió mucho y bueno, libros, artículos humorísticos y de propaganda política, poesías tiernas y sentidas.

Rindamos culto á la memoria de D. Nicolás Estévanez y recordemos, ante su

tumba, aquellos dulces acentos de su canto á la patria canaria.

La patria es una peña
la patria es una roca
la patria es una fuente,
la patria es una senda y una choza.

Mi patria no es el mundo.
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almenro,
la dulce, fresca, inolvidable sombra.

A veces por el mundo
con mi dolor á solas
recuerdo de mi patria
las rosadas, espléndidas auroras.

.....
Mi espíritu es isleño
como las patrias rocas
y vivirá con ellas
hasta que el mar anegue aquellas costas

La patria es una fuente,
la patria es una roca,
la patria es una cumbre
la patria es una senda y una choza.

La patria es el espíritu,
la patria es la memoria,
la patria es una cuna,
la patria es una ermita y una fosa.

Agosto, 1914.

ÍNDICE

PÁGINAS

En el umbral	5
Habladorías	9
La nueva leyenda	21
Racamonde	29
Vida y muerte	37
El coplero fúnebre.	43
Cruzada contra Clarín	51
Los zarcillos	57
El triunfo de la muerte	63
Nuestra Señora.	71
La musa popular	77
Pichity.	83
Verdaguer	95
El género chico	101
Higiene intelectual	107
La opinión pública.	113
Notas al margen.	119
Salvador Rueda	127
La dicha ajena	135
Joaquín Costa	141
Sonetos de Unamuno.	147
Una carta de Unamuno	155
Revistillas teatrales	157
La escuela de las Princesas.	159
La zagala	163
Casandra	166
La sombra del padre.	170
Doña Clarines	174
La Duquesa de la Valliere.	177
Amores y amoríos	182
El bobo	185
La Reina joven.	190
Lady Godiva	195
La noche del sábado.	198
Malvaloca.	200
El abolengo.—Camino adelante	202
Una representación de «Hamlet»	208
Celia en los infiernos	211
Filosofía barata.	215
Don Nicolás Estévez.	219